

The background image shows a church with a bell tower and a statue in a public square. The church has a white facade with a dark roof and a cross on top. The statue is a dark, standing figure. The square is paved and has some trees and benches. The sky is clear and blue.

MANUEL SARMIENTO

**CRONICAS DE
SARMIENTO**

Ediciones Sansenet
Publicaciones Digitales

Sansenet
Red Inalámbrica de San Sebastián
Estado Aragua



SanseNET

www.sansenet.net

TÍTULO: CRONICAS DE SARMIENTO

AUTOR: Manuel Sarmiento

Ediciones Sansenet
Publicaciones Digitales

SERIE: Sanse Digital
Sansenet
Red Inalámbrica de San Sebastián de los Reyes
Estado Aragua
Venezuela Octubre 2008
www.sansenet.net

Eran las nueve, tal vez un poco más, de la mañana del día sábado Diez de Noviembre del año 2007. No sé si fue por casualidad que cuando pasaba por la calle Paúl cruce con Díaz Alfaro, me tocó presenciar como una enorme máquina, de manera desesperada zumbaba dentelladas con el fin de derrumbar las viejas paredes de bahareque de la casa donde habitó por muchos años la señora Adelita Oliveros. Cuando digo dentelladas es porque esta máquina tiene en la parte delantera una especie de hilera de dientes de hierro que creo sea para facilitar los trabajos a que diere lugar. Debe haber sido por ello que mi difunta madre la bautizó con el nombre de la "dientona". No pude más que pararme a contemplar como iba cayendo de manera apresurada aquella vieja estructura. Daba la impresión que con aquella premura pareciera que se quería borrar de un solo golpe los vestigios que de una u otra forma fueron parte, es decir, testigos mudos de una época que poco a poco va desapareciendo para darle paso al llamado progreso. Allí al paso que la "Dientona" continuaba la demolición, sentí un algo que no sabría como explicar. Creo y sin temor a equivocarme que me había invadido la nostalgia, y con sobrada razón, esa nostalgia me hizo retroceder el tiempo de mi adolescencia, ya que ese viejo caserón fue propiedad, como dije antes de la señora

Adelita Oliveros, la cual fue pionera de la red de artesanas de aquellos años, fue padre y madre, y por supuesto batalladora en los tiempos difíciles. Procreó tres hijos, el último que se llama "Emilio" por ser el bordón se daba el lujo que le celebraran el cumpleaños. Generalmente se repartía a los invitados carato de maíz, o a veces una sabrosa chicha. La piñata consistía en una tapara que para que no la rompieran tan rápido la forraban con tela metálica y la adornaban con papeles de diversos colores. Su contenido era de unos pocos caramelos acompañados de trozos de conserva de coco envueltos en papel. En cierta ocasión que Emilio cumplía años, fuimos invitados varios de sus amigos, entre ellos estaba este servidor y un zagaletón de mi barrio y debido a su contextura física, se parecía mucho a un pájaro llamado tordito. No solo por lo relumbrante del color negro que ostenta esta ave, sino por lo brincón y lanzo, actitud esta de la cual hacía gala. Precisamente motivado a ello, en aquella ocasión cuando la muchachada le estaba cayendo a palo limpio a la fulana piñata, saltó un caramelito e inmediatamente Félix se agachó a recogerlo, en cosa de segundos el que estaba tratando de reventar la piñata por supuesto sin querer, recuérdese que a uno le tapaban los ojos con un pañuelo, le atestó un tremendo palo por todo el centro de la cabeza.

Esto contribuyó para dar por terminada la fiesta. Y no era para menos, porque cuando los muchachos vieron el sangrero que brotaba de la cabeza del comisario, la mayoría de estos salieron despavoridos por el susto. Yo, que fui uno de los pocos que nos quedamos, presencié, y me parece que lo estuviera viendo, como salió corriendo la señora Adelita, hasta donde estaba un colador de tela y rápidamente sacó un poco de borra o cipo de café, se lo introdujo en la herida, y como por arte de magia se detuvo el flujo de sangre. Ese día aprendí una experiencia que podría ser útil, de presentarse un caso similar a este. Ese día estaba invitado para una reunión en el Ateneo que supuestamente era para las 12:30 pm. Pero como ha sucedido y seguirá sucediendo, estas citas jamás se cumplen a la hora señalada. Total, que viendo una mínima presencia de uno que otro invitado, opté por sentarme en la antigua plaza Ustariz. Por cierto, para ahondar un poco en el tema del cumplimiento del horario, hay personas, funcionarios de cualquier cargo público etc, y sobre todo cuando ostentan cierta jerarquía, que se dan no solo la ínfula y el tupé, sino que pareciera que disfrutaran cuando después que hacen esperar horas a los presentes, aparecen en el escenario de lo más sonreídos. Esto, por supuesto, no es ningún descubrimiento, pero quería

enfatarlo porque precisamente, particularmente yo he sido víctima en estos días de estas largas esperas, por parte de un funcionario que ostenta una alta investidura acá en San Sebastián. Lo cierto es que cerró el comercio, se retiraron los motorizados y sentí el silencio, porque se habían hecho presentes, lo que el poeta Utrera llamó, las horas menguadas, y que en el argot popular se conoce como la "hora del burro", cosa ésta que aunque quisiera no puedo explicar porque me censuran. En medio de aquella modorra observé que en una de las paredes que formaron parte de lo que fue el viejo cine Uztariz, todavía permanece incrustada una vieja corneta, que vaya usted a saber cuántos años lleva allí. Este sonoro emisor, fue de suma importancia para el funcionamiento de este cine, porque era el único medio con que contaban los manejadores del negocio. Los días domingos por la noche, a través de este aparato se oía con extremado volumen el anuncio de todas las películas que se iban a exhibir en la semana. Por ejemplo: El lunes gritaba el anunciador, comenzará la magnífica serie, los peligros de Nioka. El martes, por ningún motivo se pierda Tarzán y las Amazonas, y si usted sufre de los nervios no nos hacemos responsables de lo que pueda ocurrir, porque el próximo miércoles saldrá de ultratumba el chupa sangre, se trata

nada más y nada menos del terrorífico Conde Drácula. Por supuesto, que estos anuncios para nosotros, los muchachos pobres, que no teníamos ningún tipo de diversión, se nos hacían traumáticos, porque la entrada para ver alguna de estas películas costaba un bolívar, pero el problema era como conseguirlo. Yo, por ejemplo emocionado con aquella programación, enseguida me ofrecía para limpiar solares, para hacer mandados, etc. y no se me olvida, que una vez la situación se puso color de hormiga, y tuve que ponerme a vender "palopanes sancochados" en la puerta de dicho cine con el fin de lograr el objetivo, que no era otro que obtener el dichoso bolívar. Voy a ahondar un poco sobre la vivencia de este centro de diversión que aunque para algunos les parezca "historia ramplona", este local forma parte de la vida de muchos sansebastianeros. Este cine fue fundado por Anibal Cabrera con el nombre de "cine Iris" en el año de 1931. Su socio era Manuel Antonio Naranjo y luego pasó a manos de Manuel Guevara. En vista de que el pueblo carecía de alumbrado eléctrico, el cofrade Adrián Naranjo, se encargó de traer una planta generadora de luz eléctrica que fue instalada en el solar de la capilla de la Caridad. Fue así que desde este generador se tiró el cableado hacia el mencionado cine para que de esta manera pudiera

funcionar. José Rafael Conde, mejor conocido con el mote de cuero 'e lapa", era el que vendía las entradas al costo de 50 céntimos cada una. Las familias que más acudían eran las siguientes, los Liucci, los Zamora, Del Nogal, los Flores, los Pérez González, etc., todas las personas tenían que llevar su silla, porque este carecía de las mismas. Después de todo esto, se convirtió en propiedad hasta entonces de su actual dueño, Sr. Félix Francisco Flores. Me refiero al local, porque a finales del año 1989 dejó de funcionar como fuente de entretenimiento. Después de haberme paseado por estas vivencias que dejaron huellas, que dejaron recuerdos imperecederos, sobre todo en aquellos que de una u otra forma fuimos parte de esas vivencias, me levanté del sitio donde me encontraba. En ese instante se estacionó una camioneta que traía una numerosa familia procedente de una zona rural. En ese momento pasaba una pareja que inmediatamente se unió a esta familia, y después de un efusivo saludo, la señora que venía en la camioneta le dice a uno de los muchachos: Jacinto bésele la mano a su madrina. el muchacho luego de haber pedido la bendición, con mucha discreción, pero de manera interrogante, le dice a la mamá: Mamá, pero ella no es mi madrina, la señora le contesta: esa es más que su madrina, porque esa es la

que me ayudó para traerlo a usted a este mundo. Total, me vine cavilando hacia la casa donde vivo, y digo cavilando porque aquella conversación también me puso a navegar en el tiempo e hizo recordarme de unos personajes que marcaron un hito, que fueron historia viviente en pueblos y caseríos de esa Venezuela del siglo pasado. De una época que se nos fue junto con estos personajes y que por supuesto no retornará. Se trata en esta oportunidad de unos seres que yo diría, porque la mayoría de ellos eran analfabetas, que la naturaleza de encargó de dotarlos de una innata sabiduría. Ellos son, o mejor dicho, fueron las famosas comadronas o parteras y también parteros. Es así que voy a comenzar esta crónica, si se quiere de manera especial, digo especial, porque a mi manera de ver ellos deberían estar en un sitio de honor, por una serie de razones que sería largo de enumerar, entre ellos está, yo diría de manera obligatoria, citar la parte esencial que se refiere al concepto humanístico en el cual entre otras cosas se destacaron estos connotados pero lamentablemente ignorados servidores. Voy a comenzar citando al único centro de salud, por llamarlo de alguna manera, con que contábamos los sansebastianeros, y que era conocido por todos con el nombre de Dispensario. En este dispensario por cierto en condiciones

deplorables, trabajó la primera enfermera que se tenga conocimiento, y que también fue partera. Esta señora se llamaba Julia Jiménez, que luego continuó prestando sus servicios por muchos años en el hospital nuevo, hasta que fue jubilada, María Domitila González, también fue enfermera y partera. Saturna Palma, Isabel Mijares, Ninfa Aurora Peña, enfermera y partera. Juana Rivas era una mujer muy alegre y dicharachera y tenía el don de predecir el sexo de la criatura y el tiempo de preñez de las damas que atendía. Damasia Castro, actualmente reside en el barrio La Gruta, es partera y "acomodadora de barriga". Le pregunté que donde había aprendido esos conocimientos y me dijo que los adquirió de su mamá, Flora Castro de Mejías. Le pregunto que remedio o bebedizo le daba a las damas que estaban a punto de parir para agilizarles el parto? Cito: dos granos o dientes de ajo, tres cogollos de hierba buena, tres hojas de ajillo y conchas de frijol. Estos ingredientes se sancochaban y luego se daba de beber a la mujer que ya sentía los dolores de parto. Esta comadrona también recomendaba para botar, expulsar la placenta lo siguiente: Tomar la orina del marido, morderse el dedo meñique en cruz al igual que la punta del pelo. Otras comadronas recomendaban para la limpieza después del parto: la cebolleta, linaza, el ajillo, la pepa de zamuro y

una piedra de azufre. Estos ingredientes junto con aguardiente de caña se embotellaban y ponían tres días al sol y al sereno. La señora Damasia Castro también recomendaba para lo que estas parteras llamaban "limpieza" después del parto: El pasote y las semillas del tabaco. Estos componentes se hervían en aguardiente de caña y se le daban algunas tomas a las parturientas. Acá voy a poner de manifiesto, es decir, explicar lo que se refiere a las "acomodadoras de barriga". Resulta que muchas veces la cría que estaba en el vientre de la mujer, sobre todo cuando estaba en estado avanzado de preñez, se atravesaba o se "encajaba" sobre todo de cabeza hacia cualquier extremo de la barriga. Esto generalmente hacía que la mujer caminara con mucha dificultad por las molestias causadas. De ello soy testigo presencial, ya que mi mujer sufrió de ese mal. En aquellas ocasiones cuando una mujer en estado de gravidez caminaba "cojeando" y se le notaba en el rostro cierto malestar, no faltaba alguien que dijera: Seguro que esa lleva el muchacho encajado. Para estos casos la señora Damasia utilizaba un jabón de lavar de color azul, sin estrenar y se lo frotaba a la mujer en la cadera, de atrás hacia delante. Ella me explicaba que para aplicar estos masajes se requería de cierto conocimiento y para practicarlos se usaban las palmas,

pero más que todo, los "talones" de ambas manos. Otro elemento que ponía en su recetario y del cual da fe, era amarrarle una franela del marido, eso si, que estuviera bien sudada. Me explicó: la mencionada franela se le amarraba en la barriga de la preñada. Continué la tertulia con la señora Damasia, teniendo que admitir que me sentía feliz por una serie de razones. Entre ellas estaba en que la tertulia se desarrollaba si se quiere a los pies de un típico fogón, y ello me traía muchos recuerdos, amén que también disfrutaba de las frases que dejaba escapar esta señora adornadas con la natural sapiencia de la gente pueblerina. Para culminar este relato, comenta la señora Damasia que una vez que paría la mujer se trancaba la puerta y se tapaban todos los huecos de la habitación. A la paría se le enrollaba la cabeza con un trapo y tenía que permanecer encerrada sin bañarse durante cuarenta días, y así evitar cualquier corriente de aire. La alimentación consistía todos los días, en sancocho de gallina, las patas de la gallina asadas y queso blanco asado. Esto era una regla que tenía que cumplir la parturienta para culminar felizmente el trabajo de la partera. Después de oír aquel relato, yo le comento que hace poco había visto en la televisión a una mujer pariendo en una piscina llena de agua, es decir, que esta nueva técnica se conoce con el

nombre de "Parto debajo del agua". Inmediatamente me contesta con gesto de alarma: Cómo es posible señor! Usted se imagina el frío que esa señora cogerá por sus "partes". Eso es un peligro que no tiene nombre. Por eso es que la mujeres de ahora no sirven para nada. Que si dolores por aquí, que si dolores por allá, cáncer y cuántas cosas más. Eso es lo que uno les oye todo el tiempo. Para finalizar me dice con ese gesto de sencillez que caracteriza a estas personas humildes lo siguiente: Usted no ve señor, que la mujer de ahora pare hoy, mañana se baña y pasado mañana está con el marido "furrueando". Continúo con Eliana Guevara. Flora David. Lucrecia Zapata. Victoria Mejías y Teodora Montañez, ambas eran nativas del caserío Guárate, Acomodadoras de barrigas y parteras. Les recomendaban a las parturientas un purgante de aceite de tártago, tomarlo a los ocho días después del parto. Jesús Núñez San Sebastianero, partero. Guadalupe González, era nativa del caserío Antunez, donde vivió muchos años, acomodadora de barrigas y partera. Eliana Guevara ayudó al nacimiento de muchísimos niños. Entre ellos está un valor de nuestro pueblo llamado Andrés Segundo Rodríguez. Domitila González. Carmen Villegas. Agustina Ballesterero fue la partera de por vida del caserío "Las Pulgas" Los habitantes de esa zona afirman que ella era

tan experta en eso de ayudar a traer niños al mundo, que le decían "la doctora". También la mayoría la llamaba "Mamá Agustina". Tengo por acá a la partera que ayudó a mi madre para que este servidor se encuentre en este momento escribiendo. Se trata de la señora Encarnación Sequeda. Me contaba su nieta Carmen Sequeda que su abuela fue una connotada experta en este oficio, tanto es así, que jamás se le murió un niño de los cientos de partos que atendió. Le pregunté donde había adquirido esos conocimientos, y me dijo que los heredó de su madre, María Milier. Después de los ocho días del parto, recomendaba una toma que consistía en comino en grano, revuelto con aguardiente de caña. Igualmente, cumplir con lo que se conoció como la "cuarentena", es decir, cuarenta días encerrada. Las comidas: hervido de gallina, queso blanco asado. Me comentaban algunas madres de familia que estos bebedizos eran peor que vomitar pepas de mamón, por sus condiciones tan desagradables. Rosa Amelia Guardia. Otra veterana partera y "acomodadora de barrigas", vivió hasta hace poco en el barrio El Guanábano, vía San Casimiro, Rosa Amelia tenía la particularidad, que a toda mujer que iba a parir le ordenaba que se "agachara" en el piso. Su hija Carlota me dijo que todas las mujeres que ella atendió con este método, parían felices.

Recomendaba cumplir con la cuarentena, y la receta para la comida era: hervido de gallina, topocho maduro asado a la brasa, queso blanco asado y guarapo de papelón. Teresa Bello también fue partera en el caserío Antúnez por acá en San Sebastián, donde atendió muchísimos casos. Era oriunda del pueblo de Tácata y vivió muchos años acá, hasta la hora de su muerte. Su nieta, Paula Mercedes Bello, conocida popularmente como Paulita, actualmente reside en la calle Campo Elías. Juliana Acosta, nació en el caserío Guanasnal, y residió hasta sus días finales en la calle Paúl, barrio La Esperanza. Esta también veterana en estas lides, fue permisada en el gobierno de Marcos Pérez Jiménez, para que ejerciera esta profesión. Me cuenta su hija Matilde, que por la condición humanitaria no le importaba la hora en el momento que necesitaban de sus servicios. Muchas veces solía ocurrir que a la una o dos de la madrugada, cuando vivía en el campo y venían a buscarla para atender un parto, había que encender una lámpara de kerosén para poder alumbrarse en los caminos o veredas que tenían que transitar a esas horas de la noche a través de las haciendas de café, cuando la mujer tenía problemas para parir, le preparaban una toma que consistía varios cogollos sancochados del árbol de aguacate, y según era muy efectivo. A los tres días del

parto, para efectos de limpieza, recetaba lo siguiente: Azufre, comino en grano, alucema y papelón. Estos componentes se hervían con aguardiente de caña y se le daba de tomar a la parturienta. También me aseguró que un interior del marido o una franela bien sudados, surtían un buen efecto cuando la criatura estaba "encajada". Esta señora acostumbraba estirar el cordón umbilical, y partiendo de la barriga de la criatura, medía tres dedos del mencionado cordón, luego procedía a cortarlo y lo amarraba con un hilo. Guillerma Barrios, nació en el Caserío Valle Dolí, actualmente tiene sesenta años y reside hacia la zona este de la calle Paúl. Guillerma, como casi todos estos personajes, es una mujer humilde que también es víctima de la pobreza, de paso me confesó que es analfabeta. Esta señora, aparte de ser "acomodadora de barrigas" y comadrona, también tiene la sabiduría de sobar o "componer descomposturas". Quiero agregar que no sé si el término es correcto, yo hice algunas averiguaciones y no conseguí otra respuesta. Le pregunté, qué donde aprendió esas habilidades? y me contestó que eso era un "don" natural que posiblemente le concedió Dios. Me cuenta esta señora que ella prepara un remedio muy efectivo para que la mujer expulse rápido a la criatura. Se trata del comino en grama, la brusca, el rompe saragüey y

el malojillo. Estos ingredientes se hierven en una olla sin taparla, porque si esto se hace la mujer "se tapa". Me asegura que ese remedio o bebedizo que es como popularmente se le llama, es tan efectivo que ha pasado dos tremendos sustos, porque se los ha dado a beber a dos damas y se ha descuidado, y entonces se ha encontrado que estas damas han parido en el piso. Me cuenta que estando en el campo, la primera barriga que "acomodó" fue la de la mamá del cantante de joropo Ramón Olmedo. La mayoría de estas comadronas, después que cortaban el cordón umbilical, lo limpiaban con aceite caliente y luego lo untaban con una vela de cebo. Después que el pedazo de cordón se caía, se curaba el ombligo con la ceniza del tabaco. De ello fui testigo presencial. Saturna Díaz, nativa de la población de Parapara de Ortiz, vivió muchos años acá en nuestro pueblo y también ayudó a nacer a muchos niños, entre ellos están Armando López y el viejo, José Zamora, el cual le decía Mamá Saturna. Sergia Velásquez, natural del caserío La Guajilla, residía en la calle Ribas. Juana María Lugo, Daría Silva, por supuesto como todas las que he nombrado, era abuela de María Rivas, mi amiga. María fue de esas mujeres que nacieron con "tabaco en la vejiga". Que quiero decir con ello, que como casi todas las personas que aquí nombro, le tocó

enfrentarse a una serie de adversidades, pero lo grande de esta dama es que jamás se rendía. Me contaba en esas largas conversaciones amenas que sostuve con ella, una expresión muy criolla. Sarmiento, yo le "sacaba tripas a un garrote" cuando la "jambre", así como suena, apretaba, es decir, que la situación se ponía "pelía aguda", yo me iba a trabajar a las haciendas donde sembraban tabaco y allí levantaba los cobres para darles de comer a mis hijos. Ella tiene algunas anécdotas de ese mundo de limitaciones que le tocó vivir. Me contaba que las mujeres que su abuela parteaba, la faja que les ponía la sacaban de las hojas o mejor dicho de las conchas de la mata de topocho o de cambur, conocido con el nombre de "bajero". Le pregunto porque usaba este bajero, y me contesta con una expresión que no sé como llamarla: Hijo, la situación, con qué iba a comprar una pobre mujer una faja en estos tiempos tan difíciles. En verdad, cuánta razón tenía ella cuando decía estas cosas, porque además para nadie es un secreto las drásticas restricciones a las que históricamente hemos estado sumidos los pobres y más en la época de aquella aldea donde nos criamos. María con ochenta y dos años aún tenía la mente bastante lúcida. No sé si llamarla sorpresa, lo cierto es que al siguiente día de haber estado hablando con ella, mientras una de sus hijas le daba de

comer una arepa, se consumó su desaparición física. Sólo me queda decir a través de estas letras, que la llevaré por mucho tiempo en mi corazón. Ahora paso a escribir un poco yo diría de manera especial, sin menoscabar el prestigio de las demás personas que aquí he citado. Pero es que la persona a la que me voy a referir, pareciera que nació predestinada para hacer el bien, y como dice el refrán, sin mirar a quien. Digo esto con toda propiedad, porque esta dama jamás reparó a que clase social o no, pertenecía la persona a la cual iba a atender a la hora que necesitaba de sus servicios o bondades, sin importarle ni las distancias ni los momentos precarios. Se trata en esta ocasión de la señora María Luisa Araujo. Esta dama nació en un pueblo llamado Guárico del Estado Lara, el 19 de Agosto de 1.919, y murió en la población de Cagua, víctima de una caída, el día 27 de marzo del año 2006. Desde muy joven se vino para San Sebastián donde procreó una familia. De la casa donde la conocí y la visitaba, nunca me venía sin tomar café y si era la hora de comer me invitaba para el comedor. Yo había oído un poco sobre las bondades de ella, pero no le había prestado atención. Ahora bien, se da el caso y yo no sé si llamarlo casualidad y aunque a muchos les parezca algo simplista, para mi tuvo o tiene una gran significación. Porque se trata

del verdadero amigo que tiende la mano en el preciso momento que se necesita. Resulta que una vez yo estaba más contento que “un mono con huevo”, ya que me encontraba perdidamente enamorado de una joven que era amiga de la señora María, ya habíamos hablado que íbamos a salir fuera del poblado y que estaríamos en un sitio donde se supone pasaríamos un día feliz, pero, cuando estaba más emocionado, se le rompió el vestido a la joven. Total que en aquella incertidumbre y cuando creí que todo estaba perdido, la señora María dijo: tranquilos, no se preocupen. Pasa hija, escoge un vestido, que yo te lo presto para que se vayan y no pierdan la emoción. Lo cierto es que María fue una extraordinaria “acomodadora de barrigas” y por supuesto partera. Tanto es así, que las autoridades de la Sanidad la autorizaron para que ejerciera este oficio. Le regalaron un maletín con yodo, algodón, agua oxigenada y guantes, que por cierto cuando atendía un parto difícil, se ponía estos guantes, metía la mano y extraía la criatura. María, motivado a su enorme espíritu humanitario y la gran sensibilidad social que sentía por el prójimo, siempre tenía lista una linterna para salir a la hora que la necesitaran, bien fuera en los caseríos de Valle de la Cruz, Las Lapas, Corozal, La Palma, El Nicual, EL Copey, Los Naranjos, El Hoyo del Indio, etc. Para llegar a

estos sitios, hay que recorrer largos caminos, atravesar ríos y quebradas. Pero para esta gran mujer no había obstáculos siempre que se tratara de salvar una vida, sin importarle, como ya dije antes, la condición social de la persona. Voy a destacar dos de las tantas cualidades humanitarias de las que hacía gala esta dama. Cuando una mujer iba a parir y ella le tocaba atender el parto, se presentaba a la casa de la parturienta, ocho días antes de parir, le limpiaba el cuarto, tapaba todas las entradas de aire y le prohibía peinarse. Antes de cada parto que atendía, preparaba el siguiente bebedizo: ramas de hierbabuena, el ajillo, también conocido con el nombre de San Cipriano y la caña clara. Como cristiana creyente, antes de iniciar la faena del parto, prendía una velita y se la encomendaba a San Ramón, santo éste al cual le tenía una gran fe. Una vez que el parto salía bien, y se terminaba la vela, decía regocijada, con su característica sonrisa: todo está consumado. Un mes antes del parto, preparaba otro bebedizo que consistía en lo siguiente: la alucema, caña clara, es decir, aguardiente de caña de azúcar, comino en grano y papelón. Estos ingredientes se ponían al sol y sereno durante ese mes, y luego se le suministraba a la mujer, para lo que estas parteras llamaban la limpieza. La comida, no sé si llamarla dieta,

consistía en hervido de gallina, las patas de la gallina asadas y chocolate. He aquí la otra cualidad: Después que la mujer paría, sobre todo si era pobre, se quedaba ocho días, no sólo cuidándola, sino que le cocinaba y si tenía que lavarle la ropa, también lo hacía. Jamás se le murió un niño de la cantidad de partos que atendió. Me contaba su hija Elida Colmenares que su mamá aparte que tenía una paciencia que pocas personas suelen tener, gozaba del don de poseer unas manos prodigiosas, no solo para arreglar descomposturas de los pies, de las manos, etc., sino también para "acomodar barrigas". De hecho, una vez la señora María con la frente sudada pasaba mucho tiempo tratando de acomodarle la barriga a una mujer que supuestamente tenía la criatura "encajada". Esta mujer, que conocía la maestría de la señora María en estos menesteres, veía que pasaba el tiempo y extrañada le pregunta ¿qué si había algún problema", María como siempre, sonriente, le dice: tranquila mujer, es que son dos, vas a tener morochos. Me cuentan que por aquellos parajes y los viejos caseríos de los cuales hice mención, aún la recuerdan con mucho cariño. Ella también estará presente en mis recuerdos. Siriaca Suárez, vivió en la zona rural conocida como El Paso de los Indios y Rosa Hernández vivía en el caserío La Boca de San Pablo,

situado entre los caseríos Guarate y la Carolina al Este de San Sebastián. Estas mujeres parteras también salían de noche con una lámpara, sorteando los llamados caminos de recua, con el fin de atender un parto, que aunque la situación se presentara difícil, porque no todos los alumbramientos eran fáciles, allí estaban ellas con esa natural sapiencia y esa innata sabiduría que muchos sabihondos quisieran tener para salir airosos, sobre todo en las situaciones tan precarias por las que tuvieron que pasar estas comadronas en esos sitios tan inhóspitos, donde mayormente cuando se presentaban los problemas de envergadura, y viéndose impotentes, se les oía decir una expresión muy criolla que dice "que Dios ponga de su parte" Y yo diría que con toda razón, porque en esos montes no se conseguía ni siquiera una simple inyectadota. Es de imaginarse la angustia que experimentaban estas personas cuando sintiéndose impotentes y sin recursos, veían como se esfumaba una vida que apenas estaba comenzando. Lamentablemente, poco o nada se podía hacer para por lo menos tratar de paliar en algo éste y otro de los tantos problemas por los que atravesaban los desposeídos en esa Venezuela pobre, pero a la vez muy rica. Tal vez se pregunte alguien "Tamaño incongruencia ¿No?" Precisamente hablando de

esa Venezuela rural donde a pesar de su inmensa riqueza el pobre sobrevivía en condiciones paupérrimas, traigo a colación, si se quiere como uno de los testimonios fieles, la siguiente anécdota ocurrida en un caserío rural llamado Boca de Suata, situado en el sureste de San Sebastián. En esos predios habitaba la señora María Galindo. Esta señora se encontraba en las adyacencias de su residencia, es decir, en el conuco, cuando de repente se le presentó un parto demasiado apresurado. En vista de la emergencia, tuvo que arreglárselas debajo de una mata de topocho. En aquellas precarias condiciones, y como dicen los creyentes, con la ayuda de Dios, parió dos niños (gemelos), de los cuales uno se llamó Emilio y el otro se llama Ramón. Tomasito Hernández, al que todos cariñosamente le decíamos "Vale Tomás" Posiblemente pasaba por el lugar, ya que él vivía más adelante. Lo cierto es que Tomasito, tal vez sin ser partero, viendo el momento difícil y precario que atravesaba aquella mujer, procedió a cortarles el cordón umbilical a estas criaturas. A los ocho días de este acontecimiento murió Emilio, y un día en horas tempranas, el niño Ramón estando mamando del seno de su madre se quedó sin respiración y fue considerado que había fallecido. Miguel Magallanes que era el carpintero de la zona, trajo la pequeña urna para los efectos del entierro.

Le hicieron unas alas de papel de envolver, le pintaron su carita con pintura de onoto, le unieron las manitas y le abrieron los párpados de los ojitos, que era como se acostumbraba en esa época. Pasadas las horas, en la noche una señora llamada Agueda, entró a la habitación donde estaba el niño y recibió tremenda sorpresa, porque el niño se estaba moviendo. Salió corriendo y dio la noticia, que de hecho se confirmó lo que había visto. Después de lo acontecido a Ramón hubo que terminar de criarlo con leche de chiva, porque la mamá estuvo mucho tiempo enferma. Se le acomodó un frasco con un chupón de goma que hacía las veces de tetero. Ramón es conocido en el pueblo con apellido Galindo, pero la realidad es que el verdadero es Rodríguez. Estos sucesos ocurrieron el día 5 de Abril de 1.935, fecha de su nacimiento. En esa zona existieron dos parteras, una se llamó Blasina Ojeda y la otra Jorgina Galindo, abuela de Ramón. Le pregunto el por qué de las alas y por qué tenían que hacerse con papel de envolver. Me responde que las alas se deben a que los angelitos cuando se mueren se van para el cielo y estas le sirven para llegar hasta allá. Con lo que respecta al papel, me dice que no se conocía otra cosa para envolver los alimentos. Este papel se utilizaba mucho en las pulperías, porque no había hecho aparición la bolsa. Es decir, había

bolsas porque existíamos los pobres que siempre se nos ha tildado de "bolsas". Me voy a extender en este tema, porque Ramón tocó la problemática situación por la que atravesaba la gente pobre para ese entonces, cosa esta que ya yo venía tocando. Me contaba entre algunos pasajes, que en los meses de Junio o Julio la situación en el campo se hacía muy difícil en materia de sobrevivencia, que abarca una serie de componentes en la cotidianidad de esta gente, llámense campesinos, etc. Me decía que entre tantas penurias que sufrían, estaba el problema de la alimentación, base fundamental, por supuesto, para la sustentación de todo ser viviente. Esto se ajusta a una gran verdad y de ello soy testigo fiel, cuando él hace alusión a los meses citados. Esto tiene una explicación sencilla, y es que la reserva de la cosecha del año pasado se acababa y no había a que apelar para preparar algo de comida. En la amena charla que sosteníamos, hacía énfasis con cierto dejo de tristeza, tal vez evocando los recuerdos tristes de aquellos tiempos, que muchas veces hubo que echar manos de las mazorcas de maíz, generalmente carcomidas por una plaga llamada gorgojo. De esos granos, repito carcomidos, se preparaba el muy conocido "pitraque" del cual en otra cronología que escribí, hice una extensa explicación. Total que entre ese pitraque, unos

pedazos de auyama, de yuca y topochochos sancochados se iban "paleando" las situaciones. Quiero ahondar más sobre el tema porque este escritor ramplón, también le tocó pasar por este y otros desagradables momentos en su juventud. Continuando con el asunto de los meses ya citados, cuando éstos estaban por llegar, era común oír sobre todo en las sembradores o conuqueros, una expresión para nada alentadora, cuando se gritaban unos a otros: compañero, aprétese la correa, que vienen los julios. Como podrá verse, esta expresión traía consigo preocupación más que todo en aquellas personas que tenían la gran responsabilidad de criar una familia en semejantes circunstancias, porque ellos, con una larga experiencia por la que han pasado, saben que estos momentos no les auguraban nada que satisficieran en algo sus necesidades. Como todo es posible en la dimensión desconocida, posiblemente alguien se pregunte, por qué esta gente tenía que esperar a que llegara el invierno para sembrar y porque no lo hacían en los meses de verano. Yo como hijo de conuquero y que fui partícipe de esta ingrata realidad, si me tocara, le contestaría a ese alguien: Con qué nalgas se sienta la cucaracha? Es decir, para no ir muy lejos, con qué iba a comprar un conuquero pobre una bomba, aunque barata para poder regar los sembradíos y

así tener comida todo el año, y hablando de esta época de austeridad que nos tocó vivir a una generación de pobres, como estoy escribiendo estas notas en Diciembre, no se me olvida nunca los momentos frustrantes y dolorosos que a mi en particular hicieron mella, en mi condición de niño y que como niño inocente al fin, nos inculcaban que si le escribíamos una carta al niño Jesús pidiéndole regalos, este nos los traía. Desde luego está, que los mencionados regalos jamás llegaban. Nuestra madre viéndonos las caras de tristeza con las cartitas en las manos, nos decía a manera de consuelo, que lo más posible es que el niño Jesús no tuvo tiempo de venir, pero que se las metiéramos dentro de las alpargatas a los Reyes Magos que también traían regalos. Lo cierto y para terminar con el tema, al siguiente día de la Navidad, íbamos a pasar un rato en la plaza Bolívar y veíamos con cierto sentimiento a los hijos de los “pudientes”, estrenando sus bonitas vestimentas, sus patines y bicicletas. Pues bien, concluyo este trabajo, y que mejor manera de hacerlo con un personaje que para orgullo de él y de toda su familia, demás está decirlo es muy querido y apreciado tanto acá en San Sebastián como en el Sur de Aragua etc. Se trata del Dr. Francisco Antonio Tabares Olmedo, nativo del pueblo de Palo Negro. En el año de 1975 fue nombrado Director del Hospital de la

Caridad, se encargó del mismo el Primero de Enero de ese año, hasta el 31 de Marzo de 1978, fecha en que dejó de prestarle sus servicios a este Centro de Salud. Este médico. También partero, vino programado según él, para estar seis meses acá en San Sebastián. Pero un día decidió bañarse en el río Caramacate. Estando en el mencionado río se enamoró de una dama que vivía en esas riberas y luego tuvieron un íntimo y largo romance. Acá se puso en práctica un viejo dicho que dice, que el que se baña en este río se enamora y se queda para siempre. Este dicho a veces da pie para creerlo, porque precisamente hoy veinte de Diciembre del año 2007, este caballero está cumpliendo treinta y dos años de estar radicado en este pueblo, el cual dice quererlo y estar agradecido del cariño que le brinda su gente. Este personaje ayudó en su condición de partero, a traer a este mundo a cientos de niños incluyendo a todos sus hijos. Como responsable, pero sobre todo como persona humanitaria, tiene en su haber, que siendo Director del Hospital, muchas veces trabajaba veinticuatro horas seguidas porque no había médicos y él consideraba que era antihumano dejar a los pacientes sin asistencia médica. Vaya tremendo ejemplo para aquellos médicos peseteros que envilecidos por las ansias de dinero, poco les importaba las penurias por las que muchas veces

atraviesan los seres humanos. Ejemplo, por citar uno. Las clínicas privadas. Demás está decir, si usted no lleva dinero para ingresarlo, entonces muérase, así de sencillo. Continúo con este médico ejemplar y amigo. Quería aprovechar el momento para citar, y en ello creo que no estoy pecando. Digo esto porque acá en San Sebastián para nadie es un secreto que este amigo tuvo muchas "novias" que convivieron con él. No sé si llamarlo casualidad, porque yo soy amigo de casi todas estas damas, y viendo que siempre se notaban alegres, me imaginé que él gozaba de algún privilegio, por llamarlo de alguna manera, por no decir que las tenía complacidas. Lo otro era que este doctor con cincuenta años a cuesta y doblando hacia los sesenta se mantenía a pesar del "furuqueo", muy activo y rozagante. Yo observando aquel panorama, sabiendo que él es médico, le pregunté por simple curiosidad, si tomaba algún reconfortante que hacía que lo mantuviera en semejante forma. Quiero aclarar que la pregunta que se refiere al tónico reconfortante, no tiene ninguna intención que tenga que ver con mi persona, ya que no necesito de ningún repotenciador, por que como güevonote al fin con lo único que cuento es con la "cajita de raspar" que tengo en casa. Lo cierto y yo diría que para sorpresa, me contestó que ese vigor del cual él disfruta, se

lo debe única y exclusivamente a la ¡sopa de corroncho! Cuando me da esa inesperada respuesta, inmediatamente también hizo que me retrotrayera una vez más en el tiempo, en aquel San Sebastián de la época rural. Es por ello que cuando me nombró lo de la sopa de corroncho, plato que fue muy famoso en los predios nuestros y que yo sepa del Sur del Estado Aragua, quise aprovechar para hacer una pequeña apología sobre este sencillito pez que tuvo una significación en la alimentación de una generación de Sansebastianeros. De hecho, cuando yo estaba en mi niñez y había alguna persona en precario estado de salud, se oía decir a los mayores: Fulano está muy débil, vayan a buscarle unos corronchos, le preparaban un consomé y ustedes verán que ese se para de esa cama. Confieso que esta receta muchas veces resultaba efectiva. Recuerdo también que una vez estaban unas familias a orillas del río Caramacate, precisamente consumiendo una tremenda olla de sancocho de corroncho, y había una pareja muy acaramelada y cada uno se comió una totuma de esta sopa. Y a la media hora no aguantaron la reacción, y haciéndose los locos se internaron en el follaje, gritándoles uno de los presentes: ¡epa, cuidado con una "embolia" miren que están en plena digestión! Total, que viendo que este pequeño pez formó

parte de una vida, y que tal vez por su valor nutritivo sea objeto de muchas anécdotas, decidí investigar he hice unos ¿estudios piscícolas? Que dieron entre otras cosas resultados como los siguientes: Que es un pequeño pez de agua dulce de los países tropicales, perteneciente a la familia de los armadillos, y que aparte de sus condiciones nutricionales se da el lujo de poseer unas "feromonas", que tal vez sean la envidia de muchos de sus colegas. Estas feromonas tienen la particularidad que apenas la persona está haciendo la digestión se ponen en movimiento y hacen que se active la testosterona, por tal motivo cuando esta hormona entra en ebullición, generalmente ocurre que hay que buscar el remedio para que vuelva a su estado normal, y así, la persona se sienta relajada. De no ser así, ha habido casos de lo cual yo he sido testigo, de personas que, por llamarlo de alguna manera, no se desahogan y caen en un "trance" parecido a un estado de locura. De ellos hay muchas anécdotas de las cuales voy a citar una que yo presencié: en frente del hospital vivió una catira muy simpática, y casi siempre en la casa donde residía se formaban tremendos alborotos, porque esta dama, que tendría para entonces, entre 18 a 20 años, le daban unas convulsiones o espasmos que hacía que en algunas ocasiones perdiera el conocimiento. A todas estas los

médicos no daban con el padecimiento, y esto daba pie para oír a algunas personas decir: Esa muchacha lo que está es embrujada. En vista de lo acontecido, la familia angustiada decidió acudir a los servicios de una "curiosa" llamada Lupercia. La mencionada "curiosa" examinó a la muchacha y luego de observarla le preguntó si tenía novio a lo que esta le contestó que sí. Seguidamente, Lupercia supuestamente veterana en estas lides, habló con la familia y con mucha sutileza les dijo: Esa muchacha no tiene ninguna brujería ni cosa que se le parezca, no lo tomen a mal, entiendan que es algo natural, y a ella le llegó su momento de que se "entiempara". Espero que no se ofendan, por lo que les voy a recomendar, pero si ustedes quieren que esa joven se cure, permitan que el novio se quede con ella, y les prometo que pronto verán el resultado. A los pocos días de haberse cumplido con la recomendación de Lupercia, reinó de nuevo la felicidad en aquel hogar. Es posible que algunos se pregunten que esto fue obra de un milagro. Nada que ver, en tal caso se le atribuiría a la "curiosa" que fue la que descubrió el mal que padecía la muchacha y por supuesto al novio, que fue el que puso el remedio. Ahora bien, hay personas que por ignorancia desconocen que éstos, entre otros, son ciclos por demás normales, que la madre naturaleza nos impone,

por decir algo. Para ahondar más en el asunto, esta anécdota ocurrió hace más de cincuenta años. Sin embargo, todavía nos encontramos con familias "moralistas", sobre todo de la llamada sociedad, que prefieren que las hijas se le críen enfermas, o como dicen en mi pueblo, se les queden "machorras" antes que dejar que el novio se las cure, esto por el simple temor, del que dirán. Precisamente escribiendo sobre estos acontecimientos y continuando con la apología del famoso corroncho, yo fui muy amigo de una señora mayor llamada Heriberta, que era muy jocosa y siempre tenía un chiste a flor de labios, un día que echábamos bromas, le cuento la historia de esta dama y después que se descarcajó de risa, le pregunté si a ella le había ocurrido alguna vez algo parecido, rápidamente me contestó y aunque para algunos les parezca casualidad, que en ese particular ella había sido muy feliz con su marido, porque siempre estaba como gallo de cuerda. ¿Cómo es eso? Le pregunto yo, que a toda hora da con la espuela, es decir, que siempre está activo. Le repregunto si tenía algún secreto o algo parecido para mantenerse en esa forma. Me contestó que simplemente eso se lo debía a las proteínas del corroncho que su padre le había inculcado desde su niñez. Es más, te voy a dar una receta por si te interesa: cuando mi marido está

aburrido de la sopa, sancocho unos corronchos, les saco carne, preparo un guiso con cebolla picada, ají dulce, ajo, tomate, le hechas una cuatro ñemas criollas, y después que este plato está listo te consigues unas arepas hechas en budare y verás que no solo te vas a chupar los dedos, sino que te vas a sentir como una "chompa". Total que después de pasearme por todo este panorama, me pregunté: ¿Quién iba a pensar que un manojito de este sabroso pececito cuyo costo era de un bolívar, tuviera las mismas propiedades de una viagra que cuesta un realero? Esto hizo que yo alargara más de lo que pensaba esta crónica, por varios motivos que tienen que ver con la misma. Uno de ellos es que mi difunta madre tenía cierta cantidad de aves de corral, y un día amaneció una pava que no quería levantarse del suelo. Yo, muchacho inocente, le digo: ¿Mamá, esa pava como que está enferma? Inmediatamente me contesta: no hijo, esa lo que está es entimpada. Ignorante al fin, no entendí lo que me quiso decir. Lo que si observé al poco rato es que el pavo con las alas abiertas y emitiendo algunos sonidos, comenzó a girar en torno a ella, y luego de una serie de carantoñas se posó sobre ésta y la "pisó". Luego de una serie de copulaciones al siguiente día la pava estaba más contenta que muchacho con juguete nuevo. Hace muchos

años vivió en el barrio El Polvero, una persona que lo llamaban “el curioso” o mejor dicho “el Brujo Castillo”. Debido a sus prácticas de curandero se hizo muy famoso en este pueblo. Acá dejó una serie de amigos y compadres, así como también una cantidad de hijos de los cuales algunos son amigos míos, y que fueron procreados en diferentes mujeres. ¿Pero a qué se debió que estos hijos tuvieran madres diferentes? Una vez le llevaron a este curioso muchacha a quien supuestamente le habían echado un mal. Motivado a que la dama presentaba signos de esquizofrenia, le daba patadas a la puerta resistiéndose a entrar. Ello hizo que se aglomerara cierta cantidad de público, y algunos comentaban: Esa muchacha está embrujada, parece que está poseída por un espíritu, etc. etc. A todas, una vecina que todavía vive en ese lugar dijo: esa lo que está es entimpada, si se la dejan a Castillo ya la va a “poner sanita”. Regreso nuevamente al tema central de esta narrativa y ahora si termino. Hablaba con Juan Tirado, nativo del Caserío Quebrada Honda, sobre el humanismo. Me contaba que en aquellos años en esa zona no había quien atendiera a una parturienta, por lo tanto cuando se presentaba un parto ensillaban un burro que era el único transporte y venían a San Sebastián en busca de una partera. Esto por supuesto, era una travesía, sobre

todo en invierno, porque había que atravesar quebradas, los ríos Caramacate y el Pao. Es decir, para resumir, la mayoría de las personas que tuvieron que andar por caminos inhóspitos, atravesar ríos y haciendas, llevando como única luz una lámpara de kerosén o de carburo, nunca cobraban por prestar unos servicios tan elementales a la hora que fuera, sobre todo a los más necesitados. Como podrá observar el lector, los sacrificios que de una u otra manera aportaron estos seres, jamás tendrá precio. Quiero confesar que si en algo me he sentido muy feliz, es el haber podido modestamente, rendirles no un homenaje, porque quien carrizo soy yo para estar haciendo estas cosas. Pero por lo menos, dejar plasmados, tal vez para la historia en estos papeles, los nombres, algunos con sus vivencias, de unos seres que con unos corazones pletóricos de amor hacia el prójimo, supieron en aquellos momentos y sin pedir nada a cambio, llevar a la práctica sin haber pasado por ningún tipo de estudios, sólo los conocimientos que la madre naturaleza se encargó de enseñarles digo yo, para que se abocaran a ejercer una causa tan noble como es la de salvar la vida de criaturas inocentes. Ahora bien, es lamentable que tenga que incluir la parte irónica, pero que tiene que ver con este recuento. Digo esto por el comportamiento de lo mal agradecidos que son algunas

personas, que luego que les hacen un favor, aplican aquello de si te he visto no me acuerdo. Esto por citar algo, cuando me refiero a lo irónico, es por que la mayoría de estos seres, murieron en la pobreza, algunos en estado de indigencia. Una de estas damas a la que por razones obvias no debo nombrar, murió de tuberculosis, sola en completo abandono. Claro está, ya no nos íbamos a servir más de ella. Quiero enfatizar que no hubo gobierno alguno que se ocupara de valorizar la encomiable labor a la que se dedicaron estos seres. Haberles reconocido sus méritos, y que mejor hubiera sido otorgarles una pensión aunque pírrica, pero que por lo menos les alcanzara para comprar una medicina. Efectivamente, la vecina conoedora por demás de los acontecimientos que consuetudinariamente se suscitaban en aquel "consultorio" tenía una enorme razón. Cantidades de Sansebastianeros fuimos testigos de que casi siempre a este "curioso" le llevaban mujeres, por supuesto jóvenes, generalmente víctimas de un extraño mal, o que "estaban poseídas". Este "curandero" como también se le conocía, cuando se presentaba la ocasión, le decía a la familia de la víctima, que si querían que esta se curara, tenían que dejarla por lo menos una semana. A pesar de la negativa que presentaban algunas de estas mujeres a quedarse, la familia, creyendo en los

conocimientos curativos d Castillo, ésta optaba por dejarlas. Indudablemente que estas mujeres a los pocos días estaban curadas, y ello por supuesto, contribuía para que se acrecentara la fama de este señor. Pero a la par que crecía esa fama, crecían los niños sin padres, engendrados por el mencionado curandero, quien sin ningún empacho solía decir que la mayoría de las mujeres que le traían, lo que estaban era entimpadas y que su único método o fórmula para curarlas era "montarlas" ello me recordó lo del pavo con la pava, pero también hizo que el pensamiento me llevara a los predios del pueblo de Caucagua donde vive o vivía un tipo llamado Adán con el cual tuvimos una buena amistad. Este elemento era conocido en el pueblo como "el Brujo Adán". Este holgazán más que brujo parecía un buda de lo gordo que estaba. Claro está, no era para menos, porque nunca, movía una paja. Como el perfecto zángano, se mantenía gracias al dinero que le pagaban los ingenuos por librarlos de supuestos males que les habían echado. Este elemento para mí, que lo tuve bastante cerca, no era más que un vividor, por no decir un estafador. Este también se aprovechaba de su condición de hechicero o "curandero" para saciar sus apetitos sexuales. Al igual que el brujo Castillo, le decía a la familia de una dama que

supuestamente “estaba poseída por un espíritu”, que para poder curarla tenían que dejársela. Esto lo digo con toda propiedad por que una vez que yo me encontraba en su residencia, se presentó una de estas situaciones con una joven por cierto muy simpática, proveniente de la zona rural, es decir, del campo. Luego de poner las manos en la cabeza según para examinarla, le dijo a quienes la acompañaban, que efectivamente la muchacha estaba mal y que si no desconfiaban de él, se la dejaran, prometiéndoles que se la entregaría totalmente curada. A todas estas, Adán, viendo que la joven se puso nerviosa, mandó a comprar un jugo de naranja natural, echó el contenido en un caso, tomó un pequeño frasco y le dijo a la familia: le voy a poner al jugo estas “gotas del Carmen”, ustedes mismos hagan que se las tome para que se sienta tranquila. Al poco rato la dama cayó en un profundo sueño y los familiares, creyendo en el supuesto curandero, se la confiaron, procediendo éstos a retirarse. Yo, con cierta suspicacia le pregunto: ¿Adán, dime la verdad, que tiene esa muchacha? Seguidamente me contesta: bueno, tú no sabes porque eres un muchacho, esa lo que está es entempada. Quiero acotar para finalizar con el tema, que esta expresión es genuina, es decir, típica de las zonas rurales. Desde que yo tuve uso de razón, he oído muchas

veces sobre todo en las zonas rurales, gente que afirma refiriéndose a la muerte, que lo que muere en nosotros los humanos es el cuerpo, más no el alma. Sobre este tema hay muchas historias y anécdotas, que sería muy largo de enumerar. Por ejemplo, hay personas que son devotas de las ánimas, inclusive, que "tienen pacto". Algunas de ellas me han asegurado con cierta vehemencia que ello es verídico, tanto es así que dicen haber visto, y que estas se encargan de cuidarles sus propiedades, tales como las viviendas, las haciendas, etc. Como ya dije, esta tela es muy larga de cortar, por lo tanto no voy a ahondar en ello. Sin embargo, no quiero dejar pasar por alto que cuando yo recogía esta crónica, en una humilde vivienda me comentó una señora, que cuando vivía en el campo se le presentó un parto muy difícil, y que cuando ella creía que se moría, en medio de aquella terrible angustia, sintió una manos que poco a poco fueron acomodando a la criatura que supuestamente estaba atravesada. Luego que pudo ver que se trataba de un niño, que hoy en día gracias a Dios, es todo un hombre, vió como se enfermaban aquellas manos que hoy todavía las considera como milagrosas. También se habla en ese mundo, no sé si llamarlo fantástico o que sé yo, que existen almas caritativas que visitan o protegen a la familia en aquellos momentos

apremiantes. De ser así, yo me haría la siguiente pregunta: ¿Sería posible que las almas de las personas que aquí he nombrado, aún estén atravesando ríos, quebradas, serpenteando caminos polvorientos o bajo un fuerte aguacero, para en la medida de sus posibilidades, seguir socorriendo en aquellos recónditos lugares a una humilde parturienta? Aquí para concluir, emplearé las frases del sabio, que dicen: ***“Yo sólo sé que no sé nada”***.

Junio 2007

MEZCOLANZAS

(Sin fechas)

Después de varios tropezones seguidos de algunos fracasos, por motivos que no valen la pena expresar, decidí nuevamente formar un hogar. Total, se dice que el único que choca dos veces con la misma piedra es el animal humano. Pues bien, en menos de lo que espabila un grillo, sin pensarlo dos veces y sin imaginarme los problemas que ello pudiera acarrearle más adelante, engendré cuatro tripones. Cuando me refiero a lo de los problemas, lo que quiere decir en criollo, meterse en “camisa de once varas”, es porque en ningún momento, aclaro, quise emular a mi padre, quien fue un buen semental, simplemente eso fue motivado a la enorme carga de ignorancia que llevaba sobre los hombros, porque había que tenerlas bien puestas para que una persona que no tenga casa propia, ni una profesión definida, ni un sueldo acorde para cubrir los gastos que han de venir, sobre todo a la hora de las enfermedades, se le ocurra llevar a cabo semejante locura. Pero eso no es todo. Parece ser que el subconsciente de esa ignorancia me dijo: bueno, ¿y es que tú vas a ser el más pendejo de los pobres que te vas a quedar con cuatro

muchachos nada más? Claro está, me dije, que yo no iba a ser el más pendejo, e inmediatamente adopté una niña de un día de nacida, esto como para echarle más flores a la corona. Confieso que después de lo sucedido me puse a meditar los gastos los gastos que se iban a acrecentar y que no estaban en mi presupuesto, pero cuando conté el caso por allí, fuera de casa, tal vez, digo yo, buscando un consuelo, me dijeron: no te preocupes, que donde comen cuatro comen cinco. A todas estas sólo me quedó pensar que con este tipo de consuelo no me quedaba más remedio que echar pa' lante y hacer de tripas corazones. Bien, mi mujer y yo, entre tropiezos y altibajos, íbamos sorteando los problemas que se nos presentaban en ese largo trajinar que, por supuesto, no es nada fácil para una gente pobre levantar una familia numerosa. Pero a pesar de los inconvenientes que son lógicos que se presenten en este tipo de empresa, la dura lucha no había sido en vano, pues poco a poco se estaban viendo los frutos. Lamentablemente, cuando los hijos estaban en la edad de zagaletos, que es cuando estos exigen más, la vida; por decir algo, me jugó una tremenda trastada, es decir, me quedé sin trabajo. Aquí, como solemos decir en criollo, si es verdad que se subió la gata a la batea.

Podrá imaginarse el lector que conozca la naturaleza de este pueblo con lo que respecta a la falta de empleo, que una madre o un padre de familia carezcan de una fuente de trabajo y, peor aún, si se tienen cinco zagaletones como es el caso nuestro, que si uno se descuida le comen hasta el bofe. Resulta, y para no hacer más largo el cuento, llevaba siete años trabajando en la fábrica de cemento, allí adquirí una enfermedad incurable, es decir crónica, la cual ha sido mi calvario durante todos estos años. Como a los dueños de las empresas no les interesaba estar pagando reposo, decidieron retirarme... Claro está, que como ya no les servía, tomaron la decisión más fácil para ellos, y como consideré que me habían botado "como caballo sin bañar, porque ni siquiera me dieron veinte mil bolívares por todos estos años de trabajo, después de varios viajes a la ciudad de Maracay, por fin me atendió el médico legista, que de paso era fanático de uno de los partidos que nos gobernaron por más de cuarenta años, así me lo hizo ver sin yo estárselo preguntando. Lo cierto del caso es que el mencionado médico, viendo tal vez la injusticia que habían cometido conmigo, ordenó que se me pagara cierta cantidad de salarios, pero cuando fui a reclamar el pago a la empresa, me

encontré conque el hijo de puta se había vendido. Acá se puso en práctica una vez más, la vieja conseja que dice que el empresario prefiere pagarle el doble a un abogado antes que perder un pleito con un trabajador. Esto, según, es para que la empresa no pierda la reputación. Total, que quedé como "Trapo mordió de chivo" y con las esperanzas más largas que medio de tripas en el llano. Aquí, como dicen en el llano, comenzó Cristo a padecer. Y que pobre no va a padecer con siete bocas que mantener y con más razón en una zona como dije antes, que no genera empleo. Lo cierto del caso, tratando de no dramatizar mucho lo sucedido, aunque con sobrada razón, que al quedar en tamaña situación, ello me dio pie para conocer a los verdaderos amigos en esos momentos por demás difíciles que suelen presentárseles a uno en el tránsito de la vida. Cuantas cosas se ponen de manifiesto cuando la vida nos pone mala cara, afloran, se perfilan nuevos rostros que afortunadamente se solidarizan con nuestro problema. Pero en ese trajinar también surgieron viejas caras que hubiese preferido no volverlas a ver, porque gracias a las ayudas que les brindé en los momentos que más necesitaban, estuvieron disfrutando de buenos empleos mientras que con lo que a mi respecta, jamás ninguna

de estas caras se me acercó alguna vez, tan siquiera para preguntarme, cómo me estaba yendo. Es decir, acá se pone de manifiesto uno de los adagios que dice que cuando uno cae en desgracia es cuando se ven las caras de los verdaderos amigos, y con más razón en una sociedad donde se nos inculcó aquello de cuanto tienes, cuanto vales. Tal vez es por ello que cuando se anda mamando, o lo que es lo mismo, más limpio que talón de lavandera, lo ven a uno por encima del hombro, es decir, como gallina cuando ve sal. Yo creo que tiene que ver en algo el tipo de sociedad en donde los valores del ser humano tengan validez, pero por supuesto, dependiendo del puesto, del rol que ocupe en dicha sociedad, así será tomado en cuenta. Precisamente, hablando de los llamados valores, voy a citar solamente dos ejemplos, aunque hay a montones. Una persona tiene quince años trabajando en una fábrica, y contrae una enfermedad que como en el caso mío fue adquirida en dicha fábrica, motivado por el polvo de cemento. Pero como dije antes, ya no le sirvo a la empresa y por ello me retiran. Es decir, que si un trabajador alguna vez obtuvo algún reconocimiento, bien sea por los años de servicio, por la constancia en el trabajo, etc, al llegar este desgraciado momento, se pierde la estimación y la

valoración hacia dicho trabajador, si es que alguna vez los hubo, y más en los casos donde un elemento cuando se gradúa de médico, que acata o se somete a un juramento que se supone se va a poner al lado de la parte humanitaria, por supuesto, sin caer en la alcahuetería o la cabronería de ningún interesado, pero que en la práctica en muchos casos no ha sido así. No ha sido así, porque muchos de estos médicos se olvidan del juramento y se incorporan a la medicina comercializada que es la que les genera riquezas, y desgraciadamente llegan al extremo por el afán del dinero, que poco les importa venderle el alma al mismísimo diablo. Del comportamiento histórico de este tipo de médicos fascistas y criminales que todo el año asesinan criaturas a través del aborto, con el único fin de llenar sus arcas de dinero. Sobre este tema hay mucho que escribir, hay mucho que contar. Precisamente, hablando de ello, no olvidemos el triste papel, por llamarlo de alguna manera, que muchos de estos profesionales de la medicina, jugaron en el paro criminal donde entre tanto desastre, murieron inocentes, y mientras esto ocurría, muchos de ellos gritaban: ¡fuera Chávez! Creo que voy a escribir sobre el referido tema, ya que tengo bastante material. Pues

bien, volviendo al tema de los verdaderos amigos, por cierto término este que yo considero muy complejo, quiero aprovechar para destacar la ayuda que me brindaron cuatro personas que jamás podré olvidar. Se trata de Frank Utrera, cuyo favor nunca podré pagárselo. Andrés Segundo Rodríguez todas las semanas me regalaba dos mil bolívares y me decía: Toma, debe alcanzarte para una harina pan y mortadela. Todos los lunes, Margarita Mota me mandaba al abasto para que le comprara la comida de la semana, después que verificaba que todo estaba como ella había ordenado, me regalaba mil quinientos bolívares, un paquete de arroz o de azúcar, y José Francisco Mota todos los Diciembres me regalaba o un pantalón o una camisa, y yo me sentía contento con el gesto de este amigo, y aunque alguien por allí considere estos gestos como banalidades, trivialidades, es decir cosas de poca importancia, para mí jamás lo serán. Por ejemplo, en el caso de Mota era lo único que yo estrenaba en las Navidades, a pesar de que desde hace muchos años no pertenezco a la llamada sociedad de consumo. Además, los presentes y los favores por más pequeños que sean, nunca tendrán precio, y más si estos vienen revestidos de buena fe. Bien, motivado a lo

antes expuesto, llevaba tiempo con las ollas boca abajo, calle arriba y calle abajo, como muchos sansebastianeros desempleados, y lamentablemente sin esperanzas, porque seguían pasando los años y nuestro pueblo se encuentra sumido en la incertidumbre. Nuestros hijos que a fuerza de sacrificios logran graduarse en alguna especialidad, inmediatamente tienen que emigrar lejos de la familia, ya que aquí no tienen una mínima posibilidad para poner en práctica lo que aprendieron en las aulas. Como les dije al principio, llevaba tiempo silbando iguanas, así dicen en mi pueblo, cuando uno anda desempleado. De repente en plena semana santa me pegó una brisa y por fin, como dicen los pavos de ahora, me salió una chamba. El lunes santo llegué temprano con el fin de ganarle tiempo al sol, pero que va, a las nueve de la mañana ya estaba inclemente, lo que quiero decir es que a esa hora ya estaba bañado de sudor, porque, al fin, me tocó abrir unos hoyos y el terreno era un pedreguñal donde la chícora saltaba como cacho en empedrao. El jueves santo estaba metido hasta las rodillas, bajo un ardiente sol propio de aquellos días, y mientras me quitaba con el dorso de las manos el sudor que me nublabla la vista, cuando de repente se paró a mi lado una dama muy emperifollada

y por los movimientos y ademanes que hacía, daba la impresión que quería que me fijara en su bello vestido, que creo estaba estrenando; porque olía a tela recién cortada. Esta dama, a la que a los días logré averiguar su nombre, se llama Sinforosa, se me acercó lo más que pudo y me dijo “¿Señor, usted no cree que ese tipo de trabajo no debe hacerse hoy?” con la paciencia que me caracteriza le contesté: “Por qué bella dama?” “Porque hoy es viernes Santo y lo puede castigar el Señor” Dio media vuelta y continuó calle arriba pavoneando su nuevo vestido, como queriendo decirme: Ahí te dejo eso. Confieso que aquella olorosa y elegante mujer me impactó enormemente y, yo que soy más enamorado que un perro gay, antes de que se perdiera de vista levanté una mano y le dije:

Hasta luego, bella dama,
que caminas tongoneado,
que la dicha te conceda
agua, sabana y frontera
que yo me conformaría
con un beso que me dieras,

Después de aquel inesperado encuentro con Sinforosa zumbé otros chicorazos y la verdad es que quise retirarme, quizás por lo del castigo del señor, después

de todo, el hombre siempre ha sido temeroso de lo desconocido. Pero en mi ignorancia reflexioné, y a la vez me pregunté: bueno, esto es lo que me faltaba, que después que me alegré por lo de la chambita precisamente el Señor, al cual hacía alusión la dama, vaya a castigar a este pendejo, por el hecho de estar trabajando, además, que yo sepa, nunca me he metido con él. Pero no tiene nada de raro que cuando uno está salado se caiga de espalda y se le quiebre un testículo, o lo que es lo mismo, que cuando a uno le toca un invierno de frijoles, las vainas caen del cielo. Poco a poco seguí perforando aquel pedreguñal. De repente se formó tremenda pelea de perros callejeros que se disputaban a dientes los amores o favores de una damisela que estaba en celo, o como decimos en criollo, "maluca". Por fin terminó la pelea, y la ganó el perro más bonito del grupo. Por cierto que aquí sucedió algo que a mi me pareció insólito, y que de paso me trae un ingrato recuerdo. Digo esto porque como se sabe, en cada disputa de este tipo de encuentro, siempre se ha visto que el que gana la batalla se queda como trofeo, diría yo, con la pretendida, y más en este caso que el ganador fue el más bonito de los contendores. Ahora bien, por qué lo de lo insólito, porque inmediatamente

que el ganador reclama su premio, la damisela que era el punto central de la mencionada reyerta, se acostó en el suelo y por más que el pretendiente hizo todo lo imposible para coronar lo que con tanto esfuerzo ganó, no hubo forma ni manera de consolidar su codiciado anhelo. Luego que el ganador se retiró de la zona, por supuesto bastante molesto, y no era para menos, se acercó un perro careto y feo que había participado en la contienda, y rápidamente se paró la susodicha, y lo que puedo contar es que esta muérgana, enseguida se dejó emburricar, a los pocos minutos tenía los ojos como gato chupando limón, o lo que es lo mismo, como chivo comiendo parapara. ¿Por qué yo dije que esta escena me trajo un ingrato recuerdo? Porque yo tuve una novia que, por los contactos físicos que tenía con ella, me daba cuenta que era como las topias de fogón, que apenas les atizan la leña, en seguida están ardientes. Pero para ese entonces, primero yo era muy "espalomao" y segundo, no quería faltarle el respeto porque mi meta era llevarla a la iglesia como toda una doncella, con su "conchita de ajo" conservada. Lamentablemente, llegó el día que esta novia me mandó bien lejos. Como a los cuatro meses de haberme dejado, la ví que estaba preñada, por cierto de un tipo más feo

que un porrazo en una bola. Pero lo que más me dolió fue que una amiga mía, le preguntó el por qué me había dejado por un bicho tan feo, siendo yo un catire ojos verdes, no mal parecido, y me iba a casar con ella, y ésta le contestó: lo que tú no sabes es que él calienta el horno pero no sabe apagarlo; es como el mamón macho, florea pero no carga. Después de la pelea de los perros había reinado nuevamente la paz, hasta que llegaron unos pavos de Caracas, con sus cortes de pelo tipo totuma, par de zarcillos y chores de florecitas, se instalaron en el alero de un rancho que estaba en frente y tomaron asiento en lo que una vez se llamaron muebles de mimbre. Para amenizar aquella reunión destaparon "sendo" litro de anisado y hasta allí llegó la paz. Encendieron un equipo de sonido con una "música" estridente, de esas que llaman guachiguachi, que solo la mamá de ellos la entendería. Desde luego está, que esto es parte de la transculturización que nos han venido vendiendo a través del tiempo, sobre todo los medios de comunicación. Seguidamente salieron del mencionado rancho, unas muchachas con unas ojeras que para que les cuento, supongo que se acababan de levantar porque se estaban deslagañando, y a pesar del estridente ruido de la "música", oí cuando una de las

“niñas” le dijo a uno de los pavos: broder, pásame unos pesos para comprar café y azúcar porque a esta hora aquí nadie se ha bebido ni un trago de guarapo. Yo, con el cabo de la chícora recostado sobre el pecho me puse a pensar. Eso de amanecer sin café, sin azúcar y mucho menos comida, pero si aguardiente y otras cositas más que sólo conducen al manicomio, es lamentable, que parte de la idiosincrasia de muchos venezolanos que viven hoy en una quimera de ilusiones, sin la menor autoestima, sin importarles en lo absoluto el mañana. Es lastimoso, a mi modo de ver la senda que va transitando este prototipo de juventud que ha heredado mi país desde que nos penetraron las drogas. Quiero aclarar que conozco parte de la vida de estas muchachas, ellas simplemente tienen lo que conocemos en el argot popular como “raza”, eso lo heredaron de la madre, porque ella también era alegre, brincona y bebedora de caña. Aquí encaja por demás el refrán populachero, que dice, hijo de mono no pela bejuco. Lo otro es que yo no lo digo con ánimo de menospreciar. Y hablando de ello, no quería dejar pasar por alto, una anécdota histórica que le sucedió hacen muchos años a un personaje llamado Jesús. Este Jesús según dicen que, aparte de ciertos poderes, era un hombre muy

elegante, que tenía unos ojos verdes tan penetrantes, que cuando se le quedaba mirando fijamente a una dama, a ésta se le caían los fondos. Recuérdese que para entonces las mujeres no usaban pantaletas. Lo que quiere decir que a este hombre le sobraban las mujeres. Pero sucede que uno puede que tenga una que otra mujer, pero llega el momento en que nos tropezamos con una dama que en realidad es la que nos mueve el piso, la que a veces a primera vista nos deja impactados. Precisamente se comenta que eso le pasó a Jesús cuando conoció a María Magdalena. Se dice que esta mujer era muy hermosa, tanto es así, que Jesús no se aguantó y en seguida le pidió que hicieran el amor. Se habla que este hombre estaba como mono con huevo, demasiado emocionado, pero lo que él ignoraba es que María Magdalena era brincona. Después que hace el amor con ella le preguntó: ¿Y tú que haces, mujer? Yo vendo mi cuerpo, le contestó ella. ¡Putá madre! Respondió Jesús arrecho, y yo que pensé que eras virgen. Este pasaje me hizo recordar al poeta cuando dijo desilusionado: Y yo que me la llevé al río, creyendo que era mozueta. La historia también registra las llamadas "putas honorables", y por supuesto, digo yo, todo depende del interés o del cristal con que las vean.

Por ejemplo, yo conocí a una muchacha muy bonita, estudiante, de clase media que vivía bastante cómoda. Ella decía ser liberal, ostentosa y le gustaba vivir la buena vida. Pero, como el lujo y la buena vida acarrearán gastos, un día decidió vender sus atributos sexuales que de paso los tenía, y en una conocida quinta del Este de Caracas, cuyos encargados se ocupaban de estos menesteres, puso sus servicios a la orden de los clientes que visitaban dicha quinta. Yo particularmente, reconozco que ella tuvo buena visión al poner a la orden sus servicios que por supuesto tienen que ver mucho con la profesión más vieja del mundo, sobre todo en la zona que eligió, circula mucho dinero y los servicios que allí se prestan, o mejor dicho, se venden, son bastante caros, cosa esta que le proporcionaba buenos dividendos para satisfacer sus necesidades. A todas estas, yo comentaba con una amiga sobre si esta muchacha tenía necesidad de ejercer tal profesión, y me argumentaba: entiende, que de esa manera es que ella se ayuda para pagar sus estudios. Yo me atrevería a preguntarle: ¿si esto lo hiciera una muchacha pobre, tendría la misma opinión? Lo que quiere decir y ello me da cierta razón, sobre todo en este caso, y como dije con anterioridad, que depende del cristal con que se

vean los detalles del asunto en cuestión. Continuando con el tema, la historia registra tanto en la antigüedad como en la actualidad, varias "putas honorables", pero no me voy a referir al papel que jugaron muchas de ellas en épocas pasadas. Me voy a referir a las de épocas más recientes, por ejemplo, aquellas secretarias que se hicieron célebres en los gobiernos de la cuarta república, que hoy se dan la gran vida con el dinero robado de los venezolanos. En ciertas esferas de la sociedad les decían las putas ejecutivas, porque cargaban unos maletines llenos de dinero para la compra de conciencias y por el dilatado poder que llegaron a tener en las dependencias oficiales. Tal es el caso, que las esposas de algunos presidentes siendo las primeras damas, no fueron más a Miraflores, porque sus puestos o sus roles fueron usurpados por estas secretarias. Luego sus compañeros de partido les cambiaron el término por el de barraganas. Yo me imagino que lo de barraganas les sonaba más sutil en los oídos de los interesados. Finalizo el tema con aquello que dice que para el pobre no hay gloria ni pa' la puta memoria. Me puse a pensar, que feliz sería yo si no fuera por los lanzos que cuando la vaina esta de lo mejor, sin que nadie les haya ordenado, le meten las

manos al caldo y lo ponen morado. Me voy a referir específicamente a la gran metida de pata que cometió Adán, y eso por no decir una grosería, porque precisamente, eso no fue lo que él metió. Como dice la historia, Adán vivía en el paraíso mejor que cualquier Rey, porque entre tantas cosas que disfrutaba, estaba el comer y dormir cuando le daba la gana, y aparte de ello andaba para todas partes sin ningún tipo de preocupación, con una catira llamada Eva, que según dicen era un hembrón. Supuestamente, y así lo muestra la Biblia, ambos personajes andaban totalmente desnudos en aquellos montes. Yo, inocente me pregunté: carajo, ¿gasolina y fósforos juntos, sin que no ocurriera nada?. Sin embargo, a pesar de esta forma de convivencia, todo marchaba bien. Hasta que un día Adán estaba en la orilla de un río y Eva no se sabe si fue por inocente o si fue adrede, se “espernancó” y se puso a orinar delante de él. Se dice que hasta aquí llegó una de las pruebas de resistencia más difíciles que Dios le haya puesto a un ser humano. Lo cierto, es que Adán cuando vio aquella flor abierta, haciendo “pucheros” producto claro está, de las contracciones naturales de aquella zona erógena, sintió una cosa rara, un desenfreno desesperado. Algunos

creyentes dicen que se le metió el diablo, y en aquel arretrato de locura, agarró a Eva por la cintura, la metió en el río, y no contento con “babosearla”, le “esguañangó” la llamada manzana del pecado. Dicen los entendidos en la materia, que papá Dios entre los decretos, o mejor dicho, los mandamientos que le impuso a Adán, uno de los principales fue, el de no caer en la tentación de la carne, porque era una de los mayores pecados, de lo contrario si se dejaba tentar, perdería todas las prebendas y garantías de las cuales disfrutaba. Tal parece que a Adán en aquel divino arretrato, se le olvidó que papá Dios lo estaba cazando, y apenas cometió el pecado, ¡zuácata!, se le apareció en aquel río. Se comenta que Dios, aparte que quería a este muchacho como un hijo, le depositó tan enorme confianza, que cuando Eva sale del río a recibirlo con cara de motolita, como quien no quiebra un plato, él se le queda viendo con cierta amargura, al observar como le habían dejado la manzana, toda “esguañangada” y chorreándole baba. Cuenta la historia que cuando Dios vio traicionada aquella confianza, formó tremendo zafarrancho, y entre tantos improperios le dijo: Ahora si es verdad que te jodiste, y no hay vuelta atrás, porque cuando yo te leí la cartilla, te dije bien claro que si

cumplías con lo que allí dice, vivirías por siglos en este paraíso, gozando una bola. Y una de las cosas que más te remaché, es que no cayeras en tentación, precisamente en la que acabas de caer. Es por ello, que desde este momento, ambos quedan desterrados de este paraíso, y lo que es peor, de aquí en adelante se te acabó la golilla, tendrás que trabajar para que de esta forma te ganes el pan con el sudor de tu frente. Aquí es donde yo, que no soy hombre de odios, confieso que le cogí arrecherita al fulano Adán, porque si la dulce vida que este tipo llevaba en aquel paraíso era cierto, cosa que no dudo, porque se dice que la palabra de Dios es un documento, entonces no hay pele, que el culpable que yo, hoy jueves santo esté metido en este hoyo con las manos llenas de ampollas y bañado en sudor bajo un sol inclemente, fue él. Lo que quiere decir, pienso yo, que si este elemento no comete ese terrible pecado, hoy andaría yo desnudo con una tremenda carajita, agarrados de las manos tirando físico por las playas del río Caramacate, lamentablemente, con el agravante que no se podía fornicar. Ahora, no es que yo quiera congraciarme con Adán, porque total, ya el mal está hecho, pero tengo que confesar, que si Dios me hubiera sometido a semejante prueba y después me viene a

imponer tremendo castigo, yo le hubiera contestado: Señor, si tú tuvieras un poco de conciencia perdonarías mi pecado, entiende que desde el primer momento que Eva comenzó a mirarme con aquellos ojazos que más que bellos, eran incitadores, y a pasarme las manos por el cogote, empecé a sentir que se me espelucaba el cuerpo. Comprende que yo andaba lleno de juventud, bien papeado, con sobrado vigor, porque no hacía nada. Sentía como un torrente de testosterona activaba mi hombría, y a todas estas, tú me pones como una especie de experimento a ese "mujeron" totalmente desnuda y para colmo durmiendo juntos. Yo te preguntaría: si a ti te hubiesen puesto en mi lugar ¿habrías tenido la suficiente frialdad para soportar semejante penitencia, y como sería su reacción ante tamaña circunstancia?

Viernes Santo, tres de la tarde. Dije: ni más rico ni más pobre, no trabajo más por hoy. Al momento llegó la dueña de la construcción y le dije: Doña, vea el trabajo y de paso le agradezco me adelante algo de dinero. La señora con una expresión no muy amable me dijo: No ha rendido mucho, me dieron ganas de decirle: ¡qué carajo voy a rendir yo solo ese pedreguñal!, pero

muchas veces el pobre tiene que tragar grueso. Me dio unas cuatro lochas, que no alcanzaban para mucho, pero no había más remedio. Inmediatamente, compré cuatro latas de sardinas, dos kilos de ñame y una panela de papelón para el dulce de ciruelas que suele ser tradicional para la época. Medio orondo llegué a la casa con mi cargamento y le dije a mi consorte: Magdalena, aquí está para que hagas una tremenda sopa de sardinas con ñame, y el papelón para el dulce. Los zagaletos, al igual que la mujer, pusieron cara de pocos amigos; caro está, que yo enseguida les entendí el gesto, a lo mejor ellos estaban pensando, que yo me les iba a aparecer con un tremendo lebranche, un carite, o un bagre rayao, pero que barro si no ha llovió, para estas cosas se necesita mucho dinero. Aquí cabría lo que decía uno de los "bellos" presidentes que hemos tenido. ¡güevonote se arropa hasta donde le alcance la cobija!. Yo me quedé como solemos decir en criollo, mascando el freno, hasta que reaccioné y les dije: entiendo que ustedes esperaban de mi algo mejor, pero cuál es el problema, en la vida del pobre se presentan momentos tal cual como este, donde algunas circunstancias a veces se hacen necesarias para que aunque uno no quiera aplicar por ejemplo, la psicología ¿Qué quiero

decirle con esto? Que ustedes se hacen el cerebro que se están comiendo un succulento sancocho de lebranche y resuelto el problema. Tal parece que dio resultado el aplique, por lo menos aquellos rostros fruncidos tomaron otros matices. Sábado de gloria, la mujer amaneció con la cara como que estaba comiendo grapa, tanto es así que eran las siete y media de la mañana y no había colado café aunque fuera aguarapao, para por lo menos calentarnos el estómago. Viendo aquella situación, que por supuesto no era para nada color de rosa, me acordé que en una tapara que fue por muchos años de mi difunta madre, había guardado un kilo de maíz cariaco que me trajo un amigo del campo. Un buen vecino que conoce mi situación y que también sabe que cuando se llega a la casa y no se lleva el bastimento, lo que se oyen son lamentos, me regaló un litro de leche. Inmediatamente rasguñé en una perola un poquito de azúcar, y con el maíz y la leche preparé una olla de "pitraque". Luego que llené una totuma con el mencionado pitraque me lo engullí todo, al extremo que la barriga me quedó más templada que "verija 'e preñá". Ahora bien, está comprobado que la felicidad del pobre nunca es completa. Con relación a ello voy a tratar de ser más explícito, por si algún lector tiene la

dicha de leer esta ¿obra de literatura?. Resulta que estando en el fogón lamiéndome los bigotes, después de haberme deleitado con el contenido de aquella totuma, comencé a oír los improperios que recostada en un ciruelo, lanzaba mi consorte, y que entre tantas cosas decía: Usted sabe lo que es eso, llevando verga, pariéndole muchachos y para qué, si cada día que pasa, lo que estoy es más arruinada que mata mordía de chivo. Cómo es posible, si yo todos los años este día tenía un caldero de pisillo de pescadorayao, una olla de arroz con coco, y me iba con mis amistades para el río a tomarnos unas cervezas y comernos un buen sancocho, y ahora por primera vez tengo que quedarme encerrada en este rancho con estos zagaletones que piden más que una cieguita. Confieso que a esta serie de explosiones y rabietas, yo nunca les dí importancia, porque cuando solían ocurrir, en horas de la noche entraba en acción la paloma de la paz y a los pocos minutos, como por arte de magia, reinaba la felicidad en aquel hogar. Pero aquí se puso de manifiesto aquello que dice que, la felicidad del pobre nunca es completa. Por qué digo esto, porque que cuando logré tomar la calle me quedé paralizado, pues por primera vez me pareció oír que la cosa iba en serio, porque yo nunca

había visto a esta señora tan arrecha, que parecía un guayacán pisao por el rabo, diciendo para rematar, y que fue lo que más me causó preocupación, lo siguiente: Muy bonito, ahora se va con los amigos a beber aguardiente porque para eso no hay problema, pero ni por el carajo que le brindan una arepa, y lo que es más, a la noche se aparece con las orejas bien prendidas, producto de la ingestión de cuanto "champurrio" barato le dan a probar los tales amigos. Y entonces como hoy es sábado de gloria, seguro que él va a querer aprovecharse de este día para "quebrar la olla", sin temor a equivocarme, ese está pensando que debido a la abstinencia la gata esta desesperada por beber leche, pero está más pelao que una cabeza de garabato, si cree que yo lo voy a complacer. Que vaya a buscar una burra para que quiebre la fulana olla con ella. Aclaro que mi problema económico si a ver vamos, no era de tanta mortificación, total las situaciones por más duras que se presenten, uno las va paliando. Pero como dije antes, esto si es verdad que se convirtió para mi en honda preocupación y nunca llegué a pensar que ello me había de ocurrir. Resulta que acá en San Sebastián se mantuvo por muchos años una tradición que yo, particularmente por su característica muy

distinta de las demás, yo diría que entre otras cosas estaba la tensión, la emoción que ella causaba. Lamentablemente, como muchas otras también desapareció. Esa tradición que tuvo mucha vigencia, la llevamos a la práctica, precisamente por lo emocionante de la misma. Ese llamado sábado de gloria lo esperábamos con ansiedad, ya que el mismo fue muy famoso y conocido como el día de "quebrar la olla", Me explico: Los sacerdotes católicos de antaño nos impusieron sobre todo a los ignorantes, unas especies de leyes o decretos que, de paso, eran cumplidos a cabalidad por los cristianos de la época, y que rezaban lo siguiente: No bañarse en el mar, lagos, lagunas y ríos, quien lo haga estará dispuesto a convertirse en pescado. No se podrá ejecutar trabajos fuertes, golpear, cortar leña, pilar maíz, moler maíz, etc. Porque supuestamente al violar estas normas se molestaba el Señor. Pero sobre todas las cosas, no fornicar.

Yo para ese entonces era un muchacho aldeano, que como dije antes, llevaba sobre los hombros el pesado lastre de la ignorancia; con un poco de vergüenza tuve que averiguar muy sutilmente, qué significaba aquello de "no fornicar". La respuesta que conseguí y que me

causó tremenda sorpresa, es que no se debía fornicar porque las personas que lo hicieren, lo más probable es que "se quedaran pegados". Luego que transcurrieron algunos años, y habiendo salido un poco del oscurantismo, recordé las citadas prohibiciones, pero tuve una buena amistad con un cura, joven y elegante el tipo. Este temía, que yo supiera que tenía dos amantes: una en Tacarigua de Mamporal y otra en Caucagua, y apenas terminaba la procesión, metía los hábitos en la maleta de un carro de su propiedad, y se metía en un hotel con cualesquiera de estas damas. Allí fue donde yo me pregunté, que las leyes generalmente, quienes las cumplen son los guevonotes. Por cierto, me contó mi compadre Francisco Tavares, refiriéndose al tema de las prohibiciones que nos impusieron en los días de la llamada Semana Santa, sobre todo la de no fornicar, y no contraer matrimonio eclesiástico, que una matrona de este pueblo llamada Margarita Mota, le dijo un día que dialogaba con él. Que el miércoles de ceniza la iglesia Católica decretaba lo que se conoce como la cuarentena o días de cuaresma. Esta cuarentena terminaba el día sábado de gloria a las 12 de la noche, cuando ya afluía el domingo de resurrección. Ella

terminó rematando el mencionado diálogo con la siguiente copla:

El miércoles de ceniza
se despiden los amantes,
y el domingo de resurrección
vuelven a ser como antes.

Lo cierto es que este tema de la fornicación prohibida estuvo muy arraigado, sobre todo aquí en San Sebastián. Tanto es así, que a mi me pasó un caso que voy a contar, a manera de anécdota: Resulta que acá en la parte Norte del poblado hay una zona que se llamó, Barrio Negro, hoy Barrio El Limón. Esta barriada adquirió cierta fama, porque allí vivían unas damas que eran muy trabajadoras, pero que también se dedicaban a vender los llamados "favores sexuales". Un día miércoles Santo me tomé varios tragos de "guarapita", y ésta no solo hizo que se me prendieran las orejas, si no que también me puso en ebullición la testosterona. De todas estas damas había una que se llamaba María. Ella era la más vieja del grupo, pero era la que yo buscaba porque me trataba con mucho cariño. Estas mujeres cobraban para entonces la suma de dos

bolívares por prestar sus servicios en la cama. Precisamente, ese era el capital que yo cargaba ese día, pero como andaba con la testosterona revolucionada, de repente veo a María en la procesión, me froté las manos y dije: ¡se juntó el hambre con la comida! Me le acerqué y utilizando una frase que mi padre siempre solía esgrimirla, sobre todo cuando estaba enamorado, le dije en tono medio romántico, producto tal vez de la influencia de los tragos de la "guarapita": Mi lucero, esta noche quiero que me brindes un poco de tu amor. La repuesta, que no se hizo esperar, y además revestida con acentuado carácter, fue la siguiente: ¡Muchacho tú estás loco! Algo sorprendido le pregunto ¿por qué? Ella responde ¿cómo que por qué? Tú no sabes que en estos días no se deben hacer esas cosas. Bien, continuando con el tema que, como ya dije, causó en mí honda preocupación y más ahora donde esta situación se convirtió en una incertidumbre, situación esta, donde yo me dije: ¿Será posible que este año me quede sin quebrar la olla? ¿Será que esta vez me voy a quedar sin saborear ese delicioso manjar que tanto le gustaba a San Lucas? Tramoleando los pensamientos, me dirigí hacia la plaza Ustariz, hoy plaza Los Tres Diputados. Allí, con aquella terrible incertidumbre, recordé que en

la noche había soñado con mi difunta madre. A todas estas, yo había oído decir a los jugadores de lotería, que si uno soñaba con un muerto que no hablaba, era el número 47 y, si por el contrario, este hablaba, era el 48. En aquel laberinto de conjeturas dije: ¿Será que a última hora el ánima de mi madre quiere que yo le salve un ojo al gallo? Es decir, que no me quede sin quebrar la olla, y por ello desea que de esta manera me gane unos realitos en la lotería. Enseguida opté por arrimarme a uno de los bancos de la mencionada plaza, donde se encontraban entre otros, Manuel Muñoz, Francisco Mota, Pedro Morgado y Antonio Ortega. Como estas personas son habituales jugadoras y expertas en lo que a estas lides de juego de azahar se refiere, les conté lo del sueño. Como viejos veteranos, enseguida me dijeron: si no te habló, juégate el 47, y si habló juégate el 48. Contestó el periodista Mota: ese es el número, ese no tiene pele. En ese instante sale de la librería de Alonso con un periódico debajo del brazo, mi amigo, el profesor Goyo Correa. Por cierto, que la mamá de este amigo, la negra Rosario, es fanática de estas loterías; tanto es así, que paso por el corredor del rancho donde ella vive en el barrio. El Pepón, y después que la saludo le digo: ¿Negra, qué pasó que tienes esa

cara, como que te deben y no te pagan? Rápidamente me contesta con gesto de rabia: Que va a pasar, chico, que sueño que atrapé a un cachicamo, le conté las coyunturas del rabo y la cuenta me dio 16, a lo que me dije: Aquí no hay que inventar, ese es el terminal 16, pero en la mañana se me aparece Manuel Mota, que de paso es el que me compra los números en el Polvero, y entonces salgo de pendeja, porque a él y que lo dateaban por teléfono desde Caracas, y le pregunto: ¿Cuál es el dato de hoy? Y me dice que el dato fijo para ganarse unos reales era el 28. Todavía, le cuento que en un sueño que tuve en la noche, me daba como resultado el 16, y entonces me contesta: no, chica, ese ya salió anteayer. Lo cierto es que por hacerle caso al señor, no jugué el número del sueño, éste salió de primerito, y lo que gané fue que boté mis realitos y me quedé pelando. Bueno, continuando con el cuento, el profesor Goyo se acerca donde estaban aquellos expertos combinando el número que según ellos acertaría con el sueño, y después que éstos llegan a ciertas conclusiones, él con mucha seriedad, da la siguiente opinión. Ese triple para que tenga éxito tiene que combinarse con la fecha de nacimiento de la difunta, y seguidamente me pregunta: ¿en qué día ocurrió el alumbramiento? A lo que yo le

contesto, que fue el tres de Mayo, por cierto día de la cruz. Rápidamente me dice con un gesto más que afirmativo: No peles ese boche, el ganador es el 348. Uno de los supuestos expertos me sacó del suspenso en que había caído, diciéndome, ¡carajo Sarmiento! yo paso a creer que ahí tienes los reales, el profesor no creo que se equivoque con esa excelente combinación. Motivado por los consejos dados por estos amigos, me fui a la agencia de loterías más cercana, pero me asaltó una duda que me decía, que Goyo jamás en su vida ha tenido que ver con juegos de loterías ni nada que se le parezca. Lo que quiere decir que él no debe tener en lo absoluto ningún conocimiento para opinar sobre el tema. Pero como algunos de los veteranos que estaban ahí, también opinaron que ese era el número ganador, entonces definitivamente dije: ese es el triple que voy a comprar. Pero que vaina tan seria y tan compleja es la vida, digo yo, que pareciera ser que el pendejo está destinado a vivir buscando medio para completar un real, porque cuando llego a la venta de lotería, se bajó de un tremendo carro un elemento, se mete en la agencia y le dice a la vendedora: véndame el 430 y el terminal. Me quedé observando como aquel elemento gastó un realero en aquella agencia, a tal punto que la

mencionada vendedora le dijo: señor, hasta este monto es que podemos venderle. A todas estas, no aguanté la curiosidad y antes de que el tipo arrancara el carro le digo: amigo, yo tengo un problema muy serio, tanto es así, que cada vez que me acuerdo me golpea sin piedad las sienes. Que quiero decirte con esto, que como podrás ver, estuve observando la cantidad de dinero que le metiste a esos números. A lo que el tipo me contesta: No, chico, eso es un pelo, eso los vengo recogiendo desde Caracas y le ha gastado un millón de bolívares. Pero como en la cara se te refleja la preocupación que te embarga, sólo a ti te voy a decir: ese es un dato secreto, es decir, confiable. Así es que si quieres métele todo lo que puedas y verás que vas a resolver tu problema. Bien, confiando en las palabras de aquella persona, y viendo la cantidad de dinero que estaba invirtiendo, aparté lo del sueño y los consejos que me dieron los amigos habituales de la plaza, y no solamente le jugué al fulano 430 las tres lochas que me quedaban, sino que de atorao, buscando ganar bastante, pedí prestado un dinero, y también se lo jugué. Total que esa tarde la pasé como chivo con gusanera, caminaba de un lado a otro sin hallar paradero. Me frotaba las manos, y como güevonote iluso

al fin, comencé a elaborar planes de toda índole, y por supuesto, pendiente de cuando llegara la tan ansiada hora de quebrar la olla. Entre los planes que hacía, y eso era hablando yo solo, estaban el de poner la neverita ful de comida y decirle a la mujer: toma, mi amor, aquí tienes para que te compres tus cervezas y mañana domingo nos vamos para el río a comernos un sancocho. Tengo que admitir que esa tarde creo que ha sido la más larga de mi vida. Lo cierto es que como a eso de las siete y media a ocho de la noche en medio de aquella incógnita, como el que quiere y no quiere, me fui contando los pasos otra vez hacia la plaza, para oír que noticias había. Apenas había llegado, me gritó Antonio Ortega: hermano, vas a voltear las ollas, el número de tu sueño salió de machito. En el momento que aquel hombre me dio aquella noticia, dije: tengo un corazón machete, de lo contrario me hubiera dado un infarto. Puse una cara de cañón, di media vuelta y cabizbajo, cogí camino. Sólo alcancé a oír al amigo cuando me gritó: no te pongas bravo, que no te voy a pedir que me libres, porque yo si es verdad que perdí. Llegué al rancho y agarré un chinchorro viejo que parecía un colador, lo guindé en un rincón del solar, y allí entre triste y acongojado, no supe a que hora logré

conciliar el sueño, de solo pensar que por primera vez en mi vida iba a pasar esa noche sin quebrar la tan ansiada olla. El domingo de resurrección, tal vez tratando de olvidar aquella historia desagradable, me fui a visitar al río Caramacate. A la vez que caminaba lentamente iba hilvanando los recuerdos, entre ellos, algo tan bello como fueron mis primeros amoríos, las consecuentes caminatas, por sus parajes, pero también la del muchacho pobre que lamentablemente tenía que conformarse, digo yo, con tener que saborear si es que cabe el término, la amargura de no tener dinero para comprarle aunque fuese un pequeño regalo a su novia el día de su cumpleaños. Llegue al río no con ánimos de bañarme, a pesar del calor que reinaba en el lugar, además el hilo de agua caliente que corría con dificultad por su cauce no era nada estimulante. Mi propósito de llegar al río Caramacate esta vez tenía dos razones: Una era tratar de olvidar los momentos aciagos por los que había pasado, y lo otro era para observar como los bañistas (propios y extraños) se sirvieron de sus bondades en los días de asueto de la llamada Semana Mayor. Bien, como siempre, no sabía si sentir rabia o dolor al contemplar el eterno espectáculo que una y otra vez se sigue repitiendo todos los años. Lo dejaron lleno

de todo tipo de porquerías, en un ambiente putrefacto, por supuesto nada agradable al olfato. Meditando en aquel desagradable momento, me dije lo siguiente: y ello por citar una que otra reflexión. Definitivamente el animal humano, ese elemento tan complejo, controversial, antiparabólico, y pare usted de contar, no le da la gana de aprender a ser un buen ciudadano, simple y llanamente porque no quiere al país, y algo también lamentable es que los extranjeros, no digo que todos, que vienen a cobijarse en él, inmediatamente se adaptan a las marranadas nuestras. Ellos dirán: si los venezolanos no quieren a su patria, mucho menos nosotros. Precisamente, hace más o menos treinta años, mi río, nuestro río, sufrió los terribles embates de un fuerte verano. Para ese entonces también me tocó ser testigo y ver como mi río serpenteando, hacía esfuerzos por abrirse paso entre las piedrecillas, a pesar de las porquerías que lo rodeaban, y que permanecían a lo largo de su cauce, con sus hedores nauseabundos, ya que él no tenía fuerzas para llevarlas hacia otros lugares. Fue entonces que sentado en una piedra, y observando aquella desolación, escribí, Canto al río Caramacate, una de sus estrofas dice así:

*¡Oh mi río de la infancia!
fuente navegable de otros tiempos,
dolor siento al no desplazarte
cual serpiente moribunda
camino del cementerio.
Culpables somos de tu lenta agonía,
tus riberas desoladas
huérfanas de alguien
que tienda la mano cariñosa.*

RELIGION Y ABORTO

La mayoría de las iglesias han declarado su posición frente al aborto en forma clara. La más fuerte posición contra el aborto es la organización Pro-Vida, cuyos líderes provienen principalmente de la Iglesia Católica. Otras iglesias también han manifestado una posición contra el aborto (por ejemplo, los Judíos Ortodoxos, Protestantes Evangélicos, Iglesia Luterana, Mormones). El principio fundamental en el que creen estas iglesias es que la vida comienza al momento de la concepción y, por lo tanto, el feto es digno de derechos y protección. Para estos grupos, una meta importante es revertir o detener las leyes que legalizan el aborto. Sin embargo, dentro de estos mismos grupos, hay quienes no están de acuerdo con las posiciones oficiales de la iglesia. Por ejemplo, dentro de la Iglesia Católica, hay grupos que en la actualidad defienden el aborto durante el primer trimestre y han hecho notar que en algún momento la Iglesia aceptó la idea aristotélica de que el alma no entra al cuerpo hasta después de 40 – 80 días de la concepción (Santo Tomás de Aquino ratificó esta idea). No siempre se precisó que el alma comienza desde la concepción. Por esto, algunos católicos argumentan que

la posición de la Iglesia Católica podría cambiar para tomar en cuenta las necesidades y preocupaciones de los grupos Pro-Elección (a favor de la legalización del aborto voluntario). Además, con excepción de la Iglesia Católica, la mayoría de iglesias que tienen la posición Pro-Vida, aceptan el aborto en casos excepcionales como cuando la vida de la madre está en riesgo de muerte. Otras iglesias abiertamente han adoptado la posición Pro-Elección (por ejemplo, la Iglesia Unida de Cristo, Iglesia Unida Metodista, Iglesia Episcopal, Iglesia Presbiteriana). Estas iglesias consideran que la definición del momento en que la vida humana se inicia es una cuestión que no está establecida. Por lo tanto, creen que se debe permitir a la mujer ejercer su libertad personal y seguir sus creencias morales y religiosas.

También consideran que el bienestar de la mujer es una prioridad sobre el bienestar del niño y creen que la legalización del aborto asegura la salud de la mujer. La mayoría de estas iglesias consideran que el aborto es una opción en circunstancias especiales y que, por tanto, no debe ser usado como un método ordinario de planificación familiar.

CARTA DE UN NIÑO ABORTADO

MAMA: Aunque tú no quisiste que yo naciera, no puedo dejar de decirte mamá. Te escribo desde el cielo, para explicarte lo feliz que yo estaba desde que comencé a vivir en tu vientre. Yo deseaba nacer, conocerte y pensaba que algún día llegaría a ser un niño alegre.

Soñaba con ir a la escuela y llegar a ser un hombre importante. Yo creía que cuando cumpliera los nueve meses de estar junto a tu corazón y naciera, todos se iban a alegrar en casa con mi llegada, pero tú no pensabas igual que yo. ¿verdad mamá? Y un día cuando yo estaba contento jugando en lo más recóndito de tu ser, para mí divinas entrañas, sentí algo extraño... que no sabría explicarlo... algo que me hizo temblar.

Sentí que me quitaban la vida. Yo quise defenderme... pero la muerte, con su implacable y metálica voz, me sorprendió, cuando en tu vientre jugaba tan contento y solo pensaba en nacer para adorarte.

Entonces no comprendí quién me quitaba la vida, dime mamá, quién podría entrar impunemente dentro de ti y llegar hasta donde tan seguro me hallaba para matarme?

¿Quién sabía que estaba ahí? ¿Quién fue mamá, quien? ¿Donde estabas tú que no me defendiste? No sé lo que llegué a pensar... perdóname, pero por un momento el negro cuerpo de la duda pasó por mi mente y creí que tú sólo habrías podido hacerlo.

Pero no, perdona mi mal pensamiento. ¿Cómo iba yo a comprender que una madre mataría a su hijo, cuando en la casa no estorban ni el gato, ni el perro, ni el televisor?

Ahora mamá, yo lo sé todo. Sé que hay madres que matan a sus hijos antes de nacer. Madre ¿Cómo pudiste matarme? ¿Cómo es posible que hiciste tal cosa conmigo?

¿Pensabas acaso comprar un lavaplatos o una lavadora con los gastos que yo ocasionaría? El mal consejo que te dieron lo escuchaste antes de oír tu corazón.

Yo, que tenía tantas ilusiones, y tú me las quitaste todas, yo, que pensaba ser un buen ingeniero, un patriota, un revolucionario digno y capaz. Hubiera podido ser un buen hijo y un buen padre, pero tú me lo negaste todo.

¿Sabes una cosa mamá? Ayer estuve hablando con Dios y le pedí que, por favor, me aclarase la verdad de mi muerte. El me abrazó con cariño y me dijo muchas cosas...Las palabras más maravillosas y alentadoras. Que jamás escuché; las mismas que siempre soñé con escuchar en tus labios de madre, cuando todavía esperaba que me arrullaras en tus brazos. Me dijo también que sólo él es el dueño de la vida y que nadie tiene derecho ni poder para quitarla. Por mis ojos caían torrentes de lágrimas, pero Dios me estrechó contra su pecho y me susurró tiernamente: "pequeño mío, si tú no tienes madre, yo te daré la mía", y me enseñó a la Virgen, y me ha dado todo lo que tú me negaste.

Mamá, antes de despedirme de ti voy a pedirte un favor: Que esta carta que te escribo se la leas a tus

amigas y futuras mamás para que no cometan el monstruoso error que tú cometiste conmigo.

Te envío todo el cariño que hubiera querido darte con la vida y te pido te arrepientas de lo que hiciste con tu hijo que nunca nació.

OYENDO A GOYO

Hace poco estuve oyendo el programa radial que conduce el cronista y amigo, profesor José -Goyo- Correa; el entrevistado era el otro amigo Simón Eugenio Muñoz. Simón en su intervención, hacía con cierta melancolía un recuento, sobre el proceso de la dulce caña de azúcar; él en su poema biográfico nos habla del crujir de la carreta sobre la escarpada tierra, de los fatigados bueyes, del humeante torreón del viejo trapiche, hasta llegar a la olorosa y vaporosa "Sala de pailas". Cuando él tocó el punto de lo que los sudorosos trabajadores manipulaban en aquella sala, trémulo de recuerdos sentí que una fuerza irracional me transportaba hacia aquel lugar, lugar éste donde yo había estado muchas veces en mi juventud. Cuando yo digo que él va narrando los hechos con cierta melancolía es por que una cosa es contar lo que allí se hacía y otra cosa era sentir, vivir, palpar el duro trajinar de aquellos hombres chorreándoles el sudor por la frente y por sus pechos desnudos, producto de la hirviente y burbujeante melaza que se cocinaba en enormes calderos. Como olvidar el inconfundible olor de la melcocha y el rico sabor del alfondoque. Eso también lo vivió Simón Eugenio, es por ello que yo siento que mi San Sebastián poco a poco se está yendo. La referencia aquí expuesta tuvo como escenario la

hacienda El Guaneo en los años 40, no sabría decir si lo de Simón incidió para continuar escribiendo o si es que los años lo van llevando a uno al terreno del sentimentalismo, de la nostalgia y de la añoranza. Es posible que algunos se pregunten cuál es la gracia o el sentido de estar recordando un pasado que sobre todo para nosotros los pobres, que trae consigo mucha ingratitud, motivado por el proceso de austeridad por el cual pasamos, donde los pendejos no podíamos comprar o consumir lo que a uno le apetecía, sino lo que se podía, debido a la crisis económica que en todo momento nos agobiaba. Por ejemplo voy a citar un solo caso, los pobres no podíamos estrenamos un par de zapatos que para entonces costaban diez bolívares, y como era un lujo para nosotros, nos veíamos obligados a estrenar un par de alpargatas cuyo costo era de dos bolívares. Otros dirán, sobre todo los adoradores del Dios Dinero, que no vale la pena estar recordando cosas superfinas, banales y mucho menos desagradables. Sin embargo, es posible que como antes le enterraban a uno la tripa del ombligo en los solares de las casas donde se vivía, esta costumbre ejerza alguna influencia, es decir, tenga algo que ver con el amor que se siente por el terruño donde se nació, y que a pesar de los pesares, formamos parte del que hacer ¿cotidiano? De aquellos tiempos, donde la mecánica que se vivía en aquella época nos

involucraba en el rudo trabajo, pero también en el baile y la música. Estos dos ingredientes combinados, servían en muchas ocasiones para alegrar, para salir un poco de la monotonía y las penurias por las que muchos pasábamos, aunque para algunos despechados, cierta música lo que hacía era acrecentarle sus penas. Un ejemplo de ello y que yo presencié varias veces, fue ver a elementos casi abrazados a una rocola y con lágrimas en los ojos, tararear estrofas de canciones como las siguientes: "Vuelve mujer querida, a calmar esta pena, este dolor de ausencia que me hace padecer, yo sabré olvidar todo lo que por ti he sufrido" o la otra que dice: "Hoy sé que por dinero te entregas a otro dejándome a mí abandonado en esta soledad, pero no importa si tu te burlaste de mi fiel cariño, mujer fatal, algún día la tendrás tú que pagar".

Por muy difíciles que hayan sido para uno aquellos tiempos, aún así es casi imposible olvidarlos, yo confieso que por poco también lloro, precisamente por problemas económicos; mi padre me ordenó irme para Caracas en busca de trabajo, para ese entonces yo estaba perdidamente enamorado de mi primera novia, y vaya que me costó separarme de ella, esa separación trajo como consecuencia el haberla perdido para siempre, porque bien dice el adagio que, amores de lejos,

amores de pendejo. Eran los años dorados de las rokokas, en el barrio Lourdes todavía se conservan tres bares casi paralelos, y por supuesto en aquellos años, todos tenían sus rokokas, cuyos sonidos estridentes se oían en todo el vecindario. Recuerdo que la triste noche de la despedida, le metí dos bolívares a una de estas rokokas, que por ese módico precio tocaba diez canciones, y así mientras mi novia derramaba lágrimas en mi pecho, íbamos oyendo las diez melodías.

Estos acontecimientos, claro está que no volverán a ocurrir, porque entre otras razones, estas rokokas desaparecieron y tal vez para siempre. De igual forma como está ocurriendo con el viejo San Sebastián, que poco a poco se está yendo, así ocurrió con el tango, que también desapareció y que de alguna manera formó parte de nuestra vida. Ese tango milonguero, arrabalero, tuvo su apogeo en los años cuarenta y cincuenta y su aceptación fue tal, que no sólo en Venezuela se incrustó en el corazón de los oyentes, sino también puso llorar a mucha gente. Desde luego, estábamos en plena época Gardeliana, y ello contribuyó de manera excepcional para que la melodiosa voz de ese gran cantante llamado Carlos Gardel, quien fue y sigue siendo a pesar de los años que lleva muerto, la máxima expresión de ese género que cautivó a

miles de personas, inclusive fue tanta la pasión que sintieron algunos, que llegaron al extremo de suicidarse. Pero esa pasión no solamente envolvió a las mujeres, también a miles de hombres, yo recuerdo que después de la muerte de Gardel, estando en una de las puertas de la iglesia mayor conversando con Balvino Huerta, "El hombre que igualaba", retumbó el eco en aquella quietud pueblerina, propio de aquellos días, y ese eco era la inconfundible voz de aquel cantor que dejaba escapar una de las melodías más populares del momento y que en una de sus partituras dice así: "Mis buenos Aires querido, cuando yo te vuelva a ver, no habrán más penas ni olvidos". Los tangos que en esos momentos se oían en la calle, provenían del bar "El Gato Negro", que estuvo situado por muchos años en la calle Bolívar, lo que es hoy la Farmacia San Sebastián. Y allí estaban bajo los efectos de licor, aferrados a la rokola, y créanme, llorando, Ramón Ramírez "El Suizo" y mi tío, Gabriel Ríos; ellos eran gardelianos de corazón. Alguien me preguntó que representaba el tango para mí, porque siempre lo defendía, yo, que no soy ducho en la materia, le contesté que el tango para mí porque siempre lo defendía, yo que no soy ducho en la materia, le contesté que, el tango para mí, es como una ópera cantada, éste recoge en la letra y en su canto las vivencias del pueblo, sobre todo el sentimiento del amor no

correspondido, pero más que todo toca la fibra de ese pueblo, cuando cantor y bandoneón se juntan para entre canto y melodía hablarle de sus penas, de su amargura, de su pobreza. Es por ello que se le llama tango arrabalero, porque brotó del barrio, nació en el arrabal. Sin embargo, a pesar del gran arraigo que tuvo y que aún después de tantos años sigue teniendo en algunas regiones de Latinoamérica, fue después de mucho tiempo que las élites de las clases adineradas lo aceptaron, porque estas lo consideraban "vulgar". Tal vez, digo yo, si hubiese nacido en el seno de esa sociedad, el calificativo hubiese sido otro. Esta es otra faceta que también se fue, y que difícilmente retornará, de aquel San Sebastián de ayer que repito, poco a poco se está yendo. Se nos fueron también los serenateros que marcaron pauta en aquella época y que enmarcados en un género musical, compuesto de guitarras, maracas y cantores, sirvieron entre otras cosas para que a través de aquellas serenatas, se acrecentara el dolor en algunos enamorados, pero en otros casos lograban la reconciliación entre parejas que permanecían separadas, inclusive hasta unir a personas en matrimonio. Por ejemplo, muchas veces ocurrió que un elemento víctima del amor, atormentado con un tremendo despecho, concertaba a estos serenateros y con ellos llevaba una serenata a su enamorada, quien por motivo de celos,

etc., en esos momentos estaba enfurruñada, ésta al recibir la serenata, sintiéndose halagada, hacía las pases. Pero si la serenata duraba cierto tiempo y la novia o pretendida no abría la ventana, se consideraba el gesto como un desprecio al serenatero, y muchas veces solía ocurrir que cuando las cosas no estaban del todo bien, alguien de la familia abría la ventana, pero era para lanzarles un tobo de agua fría, donde hasta los músicos salían mojados. Por supuesto que el serenatero enamorado no le quedaba más remedio que retirarse del lugar y herido en su amor propio, se metía en el bar más cercano que encontrara, para así a través del licor, tratar de mitigar su despecho. Más no era raro ver en algunas personas que el licor en vez de ayudarlos a olvidar sus penas, lo que hacía era acrecentárselas más, y como no había escapatoria, no había ni siquiera un consuelo, lo que le quedaba era "jipear". Y continuando sobre este tema que tanto se ha dicho y que sigue dando que hablar, me decía el poeta Aquino, que pareciera que en el latino es donde más penetra, donde más se arraiga y donde más se hace sentir el despecho. Yo paso a creer que tiene toda la razón, y más viniendo de él, que ha sufrido en carne propia los avatares del amor. Espero, como su amigo que soy, que no le toque volver a sufrir la amargura de otro despecho, pero el problema es que él es más enamorado que un pavo arriba de una tusa y

como dicen en mi pueblo, los "jembreros" como la palabra lo dice, generalmente son esclavos del amor. Yo repito que Aquino con toda la experiencia que ha vivido en cuestiones de amores, tiene sobrada razón cuando habla sobre materia de despecho y las historias amorosas así lo confirman. Por ejemplo, en el caso mío, cuando perdí mi primera novia, a pesar de que muchas veces la busqué, no puedo negar que se me aguaban los ojos, cuando en una rokola oía melodías como la siguiente: "Amor sin esperanza ese es el mío, te espero sin saber por qué razón, si te llamo no respondes, si te busco nunca te puedo encontrar", ó "para que quiero la vida si ya no tengo ilusión, paso las noches en vela solo pensando en tu amor", como se podrá ver el despecho es una ponzoña que aunque uno no quiera, penetra hasta el fondo del alma, y es por ello que muchos recurren a los artificios más insólitos para tratar de arrancarlo. Bien, como dije antes, estos serenateros también se fueron, y no se necesita ser profeta para saber que no volverán. Se acabó una tradición de muchos años, que fueron las parrandas navideñas, la mayoría de los barrios se esmeraban en lucir la mejor parranda. Voy a citar la del barrio Lourdes, que por muchos años la organizaba el difunto Pablo Julián Bandes, un hombre que a pesar que la pobreza no le dio tregua, él parecía que llevaba la navidad metida en el corazón. El 24 de diciembre a las siete de la

noche, salía con su comparsa de parranderos, cuyos componentes musicales eran el furruco, el cuatro, las maracas, la tambora, los sonajeros y los faroles adornados con papeles de diversos colores y las velas encendidas, recuérdese que para esa época el alumbrado eléctrico lo quitaban a las nueve de la noche. Así iban hasta el amanecer, cantando de casa en casa, versos improvisados tales como el siguiente: "Esta casa es grande tiene cuatro esquinas y el dueño de la casa que viva que viva". Estos versos cantados, generalmente eran de alabanzas para los dueños de las casas, por tal motivo al terminarse los cantos, las familias les retribuían los halagos metiéndole dinero en el cuatro, y cuando no había dinero, le regalaban la tradicional hayaca, todavía, a pesar de haber transcurrido alrededor de cincuenta años, hay familias que lo recuerdan como la persona que todos los años alegraba la navidad con su parranda de aguinalderos, conocida con el nombre de "Los Turpiales de Aragua" y sus integrantes eran los siguientes: Pablo Julián (solista), Florencio Ochoa (maracas), Eleazar Mejías (tambor), Juan Guzmán (guitarra), Claudio Alayón (Furruco), Luis Mejías (Sonajera) y José Pérez era el que ondeaba la bandera que identificaba el nombre de la agrupación. Por cierto, yo diría, que la labor de estas personas debería ser objeto de reconocimiento, no solo por mantener por años una tradición,

sino por el entusiasmo y la alegría que contagiaba a esta gente, que a pesar de su pobreza, ellos se las arreglaban para reparar los instrumentos, comprar las telas de colores y hacer las pañoletas para amarrárselas del cuello, fabricar los faroles, comprar los sombreros de "pajilla" etc. Por cierto, que mi hermano Valdemar, tuvo la suerte un veinticuatro de Diciembre, que iba a salir una de estas parrandas, pero le faltaba un integrante, entonces lo incorporaron a él, pero como era muy sordo para la música, lo pusieron a hondear la bandera. A las doce de la noche compartieron las ganancias y dijo que esa noche se había sentido rico, porque le tocó dos hayacas, un bollo y cuatro bolívares. Esta vieja tradición navideña también se nos fue, y apareció la gaita zuliana que los medios de comunicación se encargaron de comercializar. Hace más o menos trece años que mis ojos contemplaron la última parranda navideña, y fue en casa de los hermanos Ochoa en Valle de la Cruz. Ya no veré más el carato, el pitraque de maíz cariaco y mucho menos la postrera de leche criolla. Desapareció el rico alfondoque, el dulce de cajuba y cuantos otros más. Durante muchísimos años, las dulceras de La Villa. Cagua y Turmero, jamás faltaron a las fiestas patronales de San Sebastián, con sus grandes azafates de madera, repletos de los coloridos llamados dulces criollos. Ellas fueron parte inquebrantable de las festividades de

nuestro pueblo, pero lamentablemente, se nos fueron. De ese San Sebastián que se nos ha estado yendo; de una u otra manera formaron parte de su quehacer cotidiano por decirlo de alguna forma, las siguientes personas: Juan Duran, este San Sebastianero fue Bedel por varios años en el colegio "Pedro Aldao". Fue el primer Bedel que conocimos y creo que fue el único en su estilo, que haya existido en Venezuela, ya que el mismo se caracterizaba por cargar un largo mandador, que generalmente, lo utilizaba para poner el orden en el colegio. Fueron muchas las carreras que nos hizo dar este señor, él no aceptaba bochinches por ningún motivo y demás está decir, que con su fulano mandador se hacía respetar. Estuvo por mucho tiempo en la calle Bolívar, vendiendo chicha criolla, que además de sabrosa era muy aseada, la misma costaba 0,25 el vaso. Era costumbre celebrar las misas de Navidad por las madrugadas, y la mayoría de la gente que acudía a estas misas, yo diría que no aguantaban la tentación de visitar la casa de este personaje, ya que por más de veinte años vendió "arepitas" fritas con queso blanco rayado y café negro, ello formó parte de una tradición de una época. El costo de la arepa era de 0,25 y el café una locha. En la calle Ustariz, donde ahora funciona la Cooperativa Díaz Alfaro, estaba el Mercado Municipal y en un rincón del mismo, por muchos años, en horas de la noche estuvo una persona muy

popular, llamada José Zapata a quien cariñosamente le decíamos "Vale José". Este San Sebastianero vendió no se sabe por cuanto tiempo, coporo frito, tostones con queso blanco rayado y las famosas tostadas. Este rincón fue como una parada, si se quiere obligatoria, sobre todo para los serenateros, trasnochadores, etc.; ya que era el único merendero que existía en el pueblo. Un coporo frito costaba un bolívar, un tostón 0,25 y una tostada 0,50. Por cierto que ñie aquí, donde yo supe que era una tostada. Este personaje dicharachero, chistoso y al que creo, que nunca vi de mal humor, le recuerdo dos anécdotas, la primera es que había clientes a los que él les fiaba, pero a veces estos clientes se retrasaban, es decir, que la cuenta se hacía añeja, entonces sucedía lo siguiente: cuando uno de estos deudores llegaba al negocio y le pedía algo de comer, él le preguntaba ¿Vale y la vieja?, refiriéndose de manera sutil a la deuda, el deudor no se sabe si era que se hacía el loco ó no entendía, le contestaba: "vale, la vieja se la pasa enferma". Nuevamente, le volvía a preguntar: ¿Y el pico? Para ver si de esta forma el cliente comprendía, a lo que éste le contestaba: "Vale, el pico esto todo desgastado de tanto sacar "espadilla" en esos cerros, para darle el guarapo a la vieja y así bajarle la fiebre". José, viéndose frustrado ante los intentos diplomáticos de querer cobrar aquel fiao, comenzaba a tararear las siguientes

estrofas: "Es una deuda que tienes que pagar como se pagan las deudas del amor, no, no voy a llorar si no la pagaste ayer, puede que la pagues hoy". Por supuesto, los comensales que estábamos en aquel momento, soltábamos tremendas carcajadas porque sabíamos que él se valía de estos inventos para cobrar. La otra anécdota fue que una noche llegó un cliente y José le dice muy serio: "Caramba compañero, desde hace tiempo estaba por verlo" y la persona le contesta: "Aja, vale y para qué será, bueno usted sabe que yo quedé huérfano de Papá y Mamá, y como usted es carpintero yo quería que me hiciera una mamá e'palo".

Se nos marchó también nuestro apreciado poeta San Sebastianero, Miguel Ramón Utrera, profesor, formador y educador de generaciones, escritor y por su puesto un hombre de honor y buen ciudadano. Fue un hombre totalmente ajeno a las alabanzas, condecoraciones, etc. En el año de 1.981 se le concedió el premio en metálico de Literatura Nacional y a pesar de que él subsistía con una mísera pensión, lo rechazó. Cuando le preguntaron el motivo por el cual rechazaba el mencionado premio, contestó que ese dinero le hacía más falta a los niños pobres. Todavía, muchos San Sebastianeros que estuvimos muy cerca de él, nos preguntamos cómo fue que aceptó la condecoración "Orden

Samán de Güere". Lo cierto del acontecimiento es que no fue fácil de convencerlo, por fin a regañadientes aceptó, y su hermana Carmen y este servidor terminaron de vestirlo. Lo sacamos en su silla de ruedas para el recibo de su residencia y oí cuando le dijo al entonces gobernador Carlos Tablante Hidalgo: Voy a recibir este premio porque creo que viene de buenas manos".

Nicolás Jiménez también tuvo que ver con el San Sebastián de ayer. En la calle Bolívar, frente al Ateneo, pasó cuarenta y cinco años vendiendo el tradicional "Cepillado" conocido hoy como el "raspado". Comenzó a venderlos a locha el vaso y se retiró costando el vaso, doscientos bolívares con leche condensada. Le pregunté el secreto por el cual le quedaban espesos los jarabes dulces y de variados colores con los que le daba el sabor a los mencionados raspados, y me contestó que todos los ingredientes que utilizaba los hervía para darle la espesura. Este refresco se conoce en Maracaibo y no sé si en otras regiones, con el nombre de "cepillado", porque se utilizaba un cepillo de hierro que al frotarlo sobre la panela de hielo, el mismo lo convertía en granizado. Nicolás el "raspaero" como popularmente se le conoció, por décadas refrescó a miles de gargantas sedientas, con su variedad de raspados, a mí particularmente, me encantaban de sabor a tamarindo.

Pero antes de pasar a otro tema, voy a ahondar más en como estos artefactos sonoros tuvieron que ver mucho en parte de la vida sentimental de innumerables San Sebastianeros, esto sólo por hablar de San Sebastián. Se dio el caso (y no es el único) del acontecimiento patético ocurrido en la persona conocido popularmente como "Carrasco" Pablo Julián Bandes de quien ya dije antes, que a pesar de su pobreza, aparentemente era un hombre alegre que amaba la música y a las mujeres, con la diferencia que él las amó hasta el extremo. Él demostró ser lo que en el argot San Sebastianero se conoce como "más enamorado que un pavo arriba de una tusa". Él fue un eterno enamorado, aunque casi siempre estos amores eran unilaterales, este tipo de amor le traía muchos problemas sentimentales y era lógico que ello sucediera porque generalmente, él se enamoraba solo. Algunas veces sucedió que cuando conseguía algo de dinero, comenzaba a ingerir licor y como no sabía leer me decía; "Compañero, tome este bolívar y meta tres mejicanas, pero repítame esa que se llama "caminemos". Esa canción sonó muchísimo en las voces de diferentes cantantes, pero sobre todo la hizo famosa el Trío Los Panchos, y una parte de su letra dice así:

"No, no comprendo que todo acabó
que este amor de los dos terminó

que la vida nos separó, sin querer
caminemos tal vez nos volvamos a ver".

Entre tantas que le gustaban a él y que lejos de mitigarle su tristeza, por el contrario lo que hacía era acrecentársela más. Cuando él oía esta canción, se quedaba estático, pareciera que estaba en otro mundo, que las letras que iban hilvanando aquella melodía, le tocaran las fibras más íntimas de su ser. La canción a la cual estoy haciendo alusión, fue inmortalizada en la voz del cantante, Leo Marini y unas de sus bellas estrofas dicen así;

"Amor sin esperanza ese es el mío
te espero sin saber por qué razón
si te llamo, no respondes
si te busco, nunca te puedo encontrar,
Amor sin esperanza ese es el mío
Malaya sea mi suerte con tu amor
Tu retrato está colgado en el cuartito,
Donde yo, noche tras noche te besé".

Cuando empezaba a sonar esta melodía, ponía una mano sobre la rokola, en la otra un vaso con licor y seguidamente le brotaban las lágrimas. Yo, que para entonces era un

muchacho ignorante, luego de observar aquella escena me retiraba al otro lugar, porque en cierta forma me sentía algo incómodo al contemplar el momento por el cual pasaba este hombre. Así transcurrió parte de su vida, cual empedernido y consuetudinario amante; hoy, después de haber salido un poco del foso de la ignorancia, fue que me di cuenta que este ser fue un eterno romántico tan enamorado de la música, pero sobre todo de las mujeres, que si se quiere y por los acontecimientos que él vivió, estos amores se convirtieron a través del tiempo en un diario tormento, en un infierno, tan es así, que aunque pareciera que esta narración fue sacada de algún cuento, de alguna novela, esos amores de hecho tormentosos, poco a poco fueron hoyando, fueron abriendo brecha en su corazón, en lo más profundo de sus sentimientos, al extremo que terminó como muchos románticos de la historia, suicidándose. Él en ocasiones, demostró que era una persona alegre, pero como dije al principio y por supuesto conociendo al personaje, lamentablemente la procesión la llevaba por dentro y los hechos me han dado la razón. Este San Sebastianero en los últimos días de su vida, estuvo fervientemente enamorado de una dama llamada Guillerma, con la cual hacía vida conyugal, aparentemente era feliz, pero para su mala suerte, el día menos pensado Guillerma tomó la determinación de separarse

y así sucedió. Por supuesto, que lejos estaría esta mujer de saber que esa separación habría de ser el detonante que hizo que estallara ese volcán de pasiones en tragedia, que llevaba años cuajándose, es decir, tratando de entrar en erupción y precisamente llegó el aciago momento en que él se encuentra solo, sin un amor, sin esperanzas y decide regresar a San Sebastián, se compra una botella de ron, visita a su primo Florencio Ochoa y le dice: "Primo, saca la guitarra, que hoy más que nunca quiero cantar". Florencio le pregunta: "¿primo, que te pasa? Y éste le contesta: Guillerma me dejó". Florencio le dice: "primo, pero eso no es motivo para echarse a morir, acuérdate que a nosotros los hombres y que nos tocan siete mujeres" lo cierto del caso es que esta la gota por demás determinante que, rebosó el vaso. Se marchó de nuevo para la población del El sombrero y en un hacienda del poblado, tal vez abrumado por la soledad, el despecho y quien sabe cuántas otras cosas, decidió poner fin al tiempo que le quedaba de vida.

Voy a finalizar con lo que respecta a esta narrativa, con una especie de anécdota. Resulta que mi hermano Waldemar para ese entonces era un estudiante pobre, hijo de un conuquero, y motivado a ello, siempre andaba "mamando" es decir buscando una locha para completar medio, esa condición económica por la que atravesaba Waldemar, hacía como

decimos en criollo que este lo "sabaneara" para ver si Pablo estaba enamorado de nuevo; que quiero decir con ello, que como dijo antes Pablo Julián, no sabía escribir y Waldemar era el que le escribía las cartas a la novia del momento. Como éste era un muchacho que tenía chispa para estudiar y le gustaba mucho leer, ello le sirvió para aprender a redactar cartas tales como la siguiente: Señorita Petra Amalia, después de saludarla deseo se encuentre más bella de lo que siempre ha sido, molesto su atención al escribirle estas cortas líneas, ya que motivos ajenos a mi voluntad han hecho imposible que me entreviste con su persona, quería decirle, entre tantas cosas, que desde el día que la saludé en la pulpería y usted me contestó tan educadamente y sobre todo con su preciosa sonrisa, que desde ese día, cautivó mi corazón. Apreciada señorita, espero que después que lea esta carta me dé una oportunidad para expresarle todo lo que siento por usted. Cuando se le leían párrafos como este, él se sentía eufórico y por demás emocionado y le decía al escribiente: Eso está bien bueno y le pagaba dos bolívares. Por supuesto ese día Waldemar andaba con una sonrisa de oreja a oreja, porque cargaba 2 bolívares en el bolsillo. Bien, como ya había escrito, este volcán de pasiones llevaba tiempo en ebullición hasta el punto que la presión de las cosas llegó a un nivel tal que, desembocó en la lamentable determinación de poner fin a su

existencia. Continuando sobre el San Sebastián que se nos fue, no podía dejar pasar por alto a unas damas San Sebastianeras que si se quiere y como punto obligado tuvieron que ver mucho con ese San Sebastián de ayer, y se trata de la generación de las maestras artesanas de la dulcería criolla de las cuales no voy a escribir en esta oportunidad, porque ya lo hice en otra crónica. Se nos fue aquel San Sebastián, donde no habían enrejado, donde las puertas permanecían abiertas y en los amplios corredores de las casas solariegas, la brisa fresca jugueteaba por los rincones, a la vez que estos corredores servían para la tertulia familiar, en épocas de invierno, saborear una taza de chocolate caliente, y en horas de la tarde compartía con el visitante un pocillo de café con leche acompañado de un biscocho de manteca. Se fue aquella aldea donde la monotonía y la rutina hacían que las horas pasaran lentas y donde los vecinos más que vecinos eran una familia, que no solamente se intercambiaban los dulces y los platos típicos del momento, sino que existía la cabalidad, la reciprocidad en las horas de las alegrías y también de las tristezas. En los años cincuenta tuvo mucho auge la Cola, el Polo, que también desapareció, y en esos años también hubo dos exquisitos refrescos que aparte de refrescar eran alimenticios. Se trata de dos bebidas una achocolatada llamada milkao y el otro era

conocido con el nombre chicha Al. y su costo era 0,25 cada uno. Como yo era fanático de estas bebidas, siempre me pregunté e! por que productos que tienen tan buena aceptación en el mercado consumidor, se desaparecen sin dejar rastro, después de mucho tiempo me enteré que las mafias de los monopolios utilizaron su poder para quebrar a las pequeñas empresas. Se nos esfumó también un rico y alimenticio manjar, que fue plato cotidiano de varias generaciones en los hogares de los San Sebastianeros. Se trata de un plato muy típico de nuestra región llamado "mazamorra de jojoto tierno". Se nos fue el anón y más nunca saboreamos el rico dulzor de la chirimoya, esto por citar algunas de las frutas, que comimos en nuestra juventud. Y hablando de juventud, por estos años se hizo muy tradicional en las fiestas patronales de San Sebastián, una golosina que tal vez por su estilo único, su forma de presentación o el llamativo colorido del cual estaba revestido fue por muchas décadas admirada y apetecida por cientos de zagaletones de aquella época. Esta golosina se llamaba para entonces "Buchi y Pluma" o "Palo floreado". Propiamente era un caramelo pero como ya dije, tal vez por su estilo, este ejercía cierta influencia en el consumidor.

Hace más o menos setenta años en el cerro de la Gruta de Lourdes a las 6:00 de la mañana y a las 6:00 de la tarde,

como un reloj cronometrado una bandada de guacharacas se dedicaban a formar tremendo escándalo y era tal el bullicio que armaban, que se oía en casi todo San Sebastián, esas también se nos fueron. Igual paso con el arrendajo, el turpial, la soy sola, el saucelito, el cristo fue, el cardenal escarlata, esta preciosa ave los muchachos la llamamos cardenal sangre'toro debido al esplendor de su color rojo. Muchas veces observamos la maestría de que se valía para pescar en nuestros ríos el martín pescador, y difícilmente, lo volveremos a ver porque también se nos marchó, gracias a la voracidad por hacer dinero de un "bicho" llamado por Samuel Loreto el "Porcus bípedo", este "bicho" que tanto daño le ha hecho a la naturaleza la contaminó con sus pesticidas y abonos químicos las aguas de los ríos y acabó, y creó que para siempre, con parte de la riqueza, de la forma como la variedad de veces que abundaba en los ríos y quebradas de nuestro entorno. Yo que, modestia aparte, amo a la madre naturaleza, desgraciadamente confieso que fui cómplice silencioso de este crimen y cuyos daños tal parecen que son irreversibles, porque hacen treinta años que no se ve un pez en estas riveras. Quién sabe con cuanta tristeza se nos marchó el martín pescador, al contemplar la desolación en que convirtieron su habitat natural. Sería cuestión de suerte, pienso yo, que para esta ave pescadora y aunque al lector le

parezca algo utópico, que de vez en cuando saliera por la noche un sapito "gembrero" buscando compañera, y trasnochado se quedara durmiendo a la vera del camino y de esta forma marín pescador aprovechara esa golillita y suaz se lo come. Esta podría ser una manera de seguir predios un sapo o una rana, que de paso estos batracios son un ente de equilibrio con lo que respecta a la agricultura. Es por ello si no me equivoco, que el marín pescador no fue que se nos marchó, creo que fue que lo mataron. En mi poema "Canto al Río Caramacate", hay una estrofa que dice: 'Trinos migratorios del ayer, desierta la policromía que ornaban tus aves primaverales. Salve mi río Caramacate de la jauría que te ha enlodado'.

Pues bien, termino esta narración con una especie de reflexión, yo diría que futurista, entre otras cosas por los avances que se nos avecinan, y que es la siguiente: así como estoy sintiendo que mi San Sebastián poco a poco se va yendo, así también estoy sintiendo que mi joroba está comenzando a pronunciarse, sin temor a equivocarme, creo que es motivado por el peso de los años. Cada día que pasa siento que mi viejo San Sebastián se está yendo, tal vez sea para cederle el paso a eso que llaman progreso, que parece que viene rápido, cual desbocado corcel, que viene surcando

rieles, que viene montado en tren, y yo le digo lector que cuando él decida irse yo también me iré con él. -

COMPLEMENTO

Pedaleaba mi vieja bicicleta, rumbo a la Gruta de Lourdes, hasta llegar al barrio La Guama, con el fin de recoger la crónica de otra vieja tradición que como muchas otras desaparecieron del terruño y creo que para siempre. Se trata en esta ocasión de los “fabricantes” o hacedores de “escobas” que de paso y así lo afirmo, son muy pocas las personas que se acuerdan de estos abnegados trabajadores artesanales. Pero cuando pasaba por el centro, es decir, por el corazón del barrio Lourdes, sentí cierta nostalgia y ello hizo que me detuviera en la conocida esquina de Alejandro Villegas. En ese sitio está el bar que lleva por nombre “Párate pa’ que goces”. Hace más o menos sesenta años en este local existió por mucho tiempo una pulpería, cuyo nombre no recuerdo. Allí, como en la mayoría de estos comercios, no faltaba sobre el mostrador la batea repleta de las llamadas “rajas” de papelón, los azafates conteniendo las provocativas arepas de maíz, asadas en budares de tierra y doradas en las brasas de los fogones que, dicho sea de paso, eran uno de los principales componentes de aquellas añejas cocinas, y la gavera de madera, cuyos

compartimientos eran utilizados para depositar pequeñas botellas llamadas "cuarticos" y se usaban para embotellar el sabroso y alimenticio "carato de maíz". Las tapas de estos envases era una hoja de naranja en forma de cono. El costo de esta rica bebida era de una locha. Precisamente una locha era lo que mi mamá me daba para la merienda, y al pasar por la pulpería enseguida la gastaba porque no aguantaba la tentación del fulano carato. Bien, como dije antes, quién es aquel que sintiendo amor por su terruño, no lo embargue alguna vez la nostalgia o el sentimiento por las cosas buenas o malas que le tocó vivir sobre todo en el lugar de los acontecimientos.

Tal es el caso mío, ya que formé parte de aquellas vivencias, y es por ello que después de tantos años al detenerme en aquella esquina de otrora época. Y como no me iban a invadir los recuerdos, si exactamente a cuadra y media de la mencionada esquina está la casa donde hace sesenta y siete años nací, allí por cierto todavía se conserva el solar donde existió un frondoso roble, en el cual precisamente, recostado de su enorme tronco, junto con mi primera novia, motivado a sus caricias y a sus besos, sentí por primera vez el bullir estrepitoso de mi testosterona y el latir desbocado de

dos corazones en la plenitud de la adolescencia. En ese viejo solar también está enterrado mi ombligo. Ello se hizo como una especie de costumbre, que se mantuvo por muchos años, y es que la comadrona o partera, era la persona que ayudaba en el parto, y una vez que la criatura nacía, ésta le cortaba el ombligo y luego lo enterraba en el solar de la casa. Creo que motivado a este acontecimiento nació el dicho de cuando a alguien le preguntan ¿qué será de la vida de fulano de tal? que no se le volvió a ver la cara, más nunca vino por estos lares. Inmediatamente no falta quien diga a manera de respuesta. No, ese jamás volvió a salir, parece que tiene el ombligo enterrado en ese pueblo. Acá también se conservan los cuatro bares antes llamados cantinas. Estos establecimientos que aún permanecen en el tiempo, yo diría que son testigos fieles y sin temor a equivocarme, de haber sido partícipes de una época que por supuesto no volverá. Estos recintos, repito, sirvieron de base para que se pusiera de moda un aparato de sonido que se conoció para entonces con el nombre de "Rokola". Esta caja de resonancia, que de paso se mantuvo por muchos años en la cúspide de la popularidad, trajo consigo, o mejor dicho contribuyó para acabar en cierta forma la vieja monotonía que

reinaba en el pueblo. También se prestó para que los “despechados”, afloraran sus sentimientos amorosos a través de la música preferida que ellos seleccionaban pisando unas teclas en la susodicha rokola, por cierto que muchos de estos fulanos “despechados”, y a pesar de que algunos se las daban de machistas, una vez que la ingesta de licor hacía mella en sus humanidades, no sentían empacho alguno en exteriorizar o al menos tratar de ocultar los jipíos, los jirimiqueos y por supuesto, las lágrimas. Hoy día, yo quiero agregar que no es raro que esta especie de desahogo sentimental sucediera, y que estas personas de alguna manera mitigarán las penas de sus amoríos por las que estaban pasando, oyendo melodías musicales que indudablemente marcaron un hito en la historia de la música romántica, como fue la del bolero. De lo que si estoy seguro es que no me atrevería a juzgar el comportamiento que adoptaban estas personas al frente de las famosas rokokas. Primero porque en algunas etapas de mi vida fui flechado por Cupido, y en alguna que otra ocasión experimenté lo que se sufre cuando a una dama a la que uno ha querido, de repente nos manda para la porra, a la vez que nos dice que todo se ha terminado. Es así que podrá hacerse una idea el

lector de cómo se sentirá un ser que estando ilusionado, y perdidamente enamorado, le toquen las fibras sentimentales al despedirlo de semejante manera, y que estando al pie de una de estas rokokas broten de su interior las estrofas de unas bellas melodías que a continuación dicen así:

No, no concibo que todo acabó
Que este juego de amor terminó
Que la vida nos separó sin querer,
Caminemos tal vez nos volvamos a ver.

O parte de otra canción que marcó pauta en estas lides, y que dice así.

Te tengo que contar
Todo lo que me han dicho de ti,
Que tienes otros amores
Y a mi, a mi me vas a olvidar.

Los días sábados, habitualmente a eso de las nueve de la mañana, retumbaba en el barrio el eco ensordecedor que emanaba de aquellos aparatos sonoros, el exceso de volumen se debía a la competencia de los dueños de los bares, ya que los mismos estaban en una misma área. En estos establecimientos y sus adyacencias ocurrieron muertes,

heridos, riñas continuas inclusive entre mujeres, intentos de suicidio. Etc. Uno de los motivos de estas riñas, por citar un ejemplo, es que habían algunos despechados que cuando repetían una y otra vez una misma canción, llegaba un borracho y tumbaba el disco donde estaba sonando la mencionada canción, y eso bastaba para que se formara tremendo zafarrancho. Pero, estos desafueros ocurrían generalmente por rencillas, celos, despechos +y por supuesto, por la ignorancia en que estábamos inmersos la mayoría de los pobres, y como ya dije antes, un detonante, era la ingesta de licor, componente principal que hacía que hasta la persona más humilde se sintiera más macho que los demás.

Precisamente, no sé si llamarlo casualidad, esta canción que fue y aún sigue siendo famosa, que se llama por el amor a mi madre, fue inmortalizada por un cantante que fue o es muy querido en su país. Para nadie es un secreto y sobre todos para muchos San Sebastianeros que en muchas ocasiones él alegró con sus canciones, parte de nuestras vidas. Ese cantante se llamó, Antonio Aguilar, y cuando digo lo de la casualidad, es porque en los momentos que yo escribía

algunas de las estrofas de la mencionada canción, falleció el referido cantante, a la edad de 88 años, víctima de una penosa enfermedad.

Estas emisoras de sonidos acústicos, también sirvieron para poner en el tope de la fama a una cantidad de melodías, de canciones que a la postre muchas de ellas fueron inmortalizadas. Sobre las causales de estas melodías hay muchas anécdotas que contar. Por ejemplo, en el barrio Lourdes, muy cerca del lugar que aquí estoy citando, nació una persona que motivado a las borracheras y a las parrandas, le causó muchos sufrimientos a su madre, aunado a esto, estuvo varios años preso, por cierto, por un delito que no cometió. A los pocos días de haber salido de la cárcel se fue a uno de estos bares e hizo sonar por varias horas una canción que aún después de tantos años, todavía se oye constantemente en algunas emisoras, unas de las estrofas de esta melodía dicen así:

Por el amor a mi madre
Voy a dejar la parranda
Y aunque me digan cobarde
A mí no me importa nada.
Adiós botellas de vino,

Adiós mujeres alegres,
Adiós todos mis amigos,
Adiós los falsos quereres.

Esta persona de la cual hago poca referencia, hizo de esta melodía, su canción preferida, acostumbró por mucho tiempo que apenas se tomaba dos o tres cervezas, enseguida le introducía dinero a la rokola y así ponía a sonar una y otra vez la mencionada melodía. Cabe destacar que cuando el licor hacía efecto en la humanidad de esta persona, se le salían las lágrimas.

Los bares a los cuales me referí son los siguientes: Bar La Estrella, que sigue siendo el más viejo de todos, por lo menos que yo sepa tiene más de setenta años funcionando. Su dueño fue por muchos años Ángel Manuel David. Luego está el Bar Mi Delirio, cuyo propietario es Félix Edmundo Villegas. Seguido está el Bar, Párate pa' que Goces, Propiedad de Alejandro Villegas, y finalizo con el Bar El Porvenir, cuyo propietario se llama Pedro Allen, continué pedaleando la vieja bicicleta, hasta llegar a la casa de Mario García, único hijo sobreviviente de la familia Gómez. Desde muy jóvenes los hermanos Silverio Gómez, Narciso Gómez y Pedro Gómez, nativos de San Sebastián, se dedicaron

por muchos años a la artesanía, de fabricar escobas de millo para barrer. Estas escobas que para entonces costaban tres reales, es decir, un bolívar con un real, tuvieron prestando servicio de limpieza durante varias décadas, hasta que hizo su aparición el moderno cepillo que fue el que las desplazó. Esta familia tenía en el barrio La Guama a orillas del Caramacate, dos parcelas de tierra fértil. En una sembraban la semilla del millo, y una vez que éste arbusto o planta floreaba, es decir, "espigaba", se cosechaba y luego esta espiga se usaba para la elaboración de dichas escobas. En la otra parcela sembraban las pequeñas plantas de tabaco que habían germinado en lo que se conoce con el nombre de "canteros", también llamados, "Almácigos". Una vez que las hojas de estas habían llegado a su madurez, se cosechaban, se secaban al sol, ya que el pobre no podía darse el lujo de tener "hornos", y luego de cierto conocimiento revestido de experiencia, procedían a fabricar el para entonces famoso, tabaco de "crineja", mejor conocido como "tabaco en rama" y el tabaco "hecho" que es el que se usa para fumar. Que yo sepa, y así me lo hicieron saber algunos entendidos, su nombre genuino es tabaco "hecho". Recuérdese del mundialmente conocido tabaco "habano" cuyo nombre

se debe a que es elaborado en la Habana, República de Cuba. Me contaba Mario García con cierta tristeza, que un conocido tracalero combinado por supuesto con los gobernantes de turno se las ingenió para arrebatarse la mejor parcela y luego se la vendió a una persona procedente de Caracas. Esta persona construyó una tremenda vivienda sólo para habitarla los sábados y los domingos. Me confesó también el amigo Mario en esas conversaciones llanas y genuinas de las gentes que de una u otra forma hacen la historia de los pueblos, lo siguiente: Vale Sarmiento, le juro que hasta ese día fui adeco. A todas éstas yo le pregunto, entonces ese fue el motivo para que usted después de pertenecer por años a esa organización política se desligara de la misma. Seguidamente me contesta: guá, vale, le parece poco que uno tenga un pedazo de tierra que es donde la familia consigue pobremente el buchado de comida y entonces venga un flojo vagabundo conchupanciado con estos políticos que uno los lleva a través del voto para que entre otras cosas protejan a las personas que trabajan, y no solamente nos despojan del único modo de subsistencia que nos mantuvo por muchos años, sino que nos ven cara de pendejos cuando tratando de justificarse, nos dicen una sarta de mentiras que ni el

más tonto se las cree. Esto me recuerda que hace poco escribí parte de la historia del Partido Acción Democrática, sobre todo de acá, del Municipio San Sebastián, donde hay muchas anécdotas muy parecidas a las que me acaba de contar este Sansebastianero. Lo cierto, y de ello tengo certeza, es que estas familias honradas y trabajadoras “vivieron” y murieron en la pobreza, tal vez con la esperanza de que algún día el Estado, el gobierno, en que ellos creía, cumplieran por lo menos con algunos artículos elementales de la Constitución, como son el derecho a la vivienda, a la salud, y la educación. Y hablando de gente trabajadora, hacía tiempo que venía observando que en casi todos los bailes de joropo, por no decir en todos, no faltaba la figura de un bailarín o “joropero” que es como se le suele decir a los ejecutores de este tipo de música. Se trata de la persona de Nicolás Hernández, hombre de vestir impecable al igual que su inseparable sombrero. Me llamó la atención este caballero por su comportamiento de buen ciudadano, cosa que a mi me complace, por su conducta cívica, a pesar de no tener estudios, pero sobre todo sentía curiosidad por saber la edad. Da la casualidad que en uno de estos bailes le pregunto a un amigo si él más o menos acertaba la

edad de esta persona, a lo que me respondió: claro que sí, ese es mi tío y pronto va a cumplir ochenta años. Bien, entablé una corta conversación con el personaje y acordamos que yo lo iba a visitar. Efectivamente, al poco rato de haber llegado a la casa donde reside, apareció cargando un saco de maíz (jojoto) sobre sus espaldas. Le pregunté si había comprado los jojotos y me contestó: no amigo, yo tengo dos conucos y ambos están sembrados de maíz y yuca. Le pregunto con cierta curiosidad, pero más que todo con admiración ¿dos conucos? Si señor, a los dos les atiendo, camino varias leguas diarias y si me sale ganarme unos reales limpiando un solar a machete o escardilla, también le hecho pichón. Bien, entablamos una amena conversación y Nicolás me decía que nació en un caserío llamado Múcura, el mismo esa situado en el sur del Estado Aragua y colinda con otro caserío que lleva por nombre Zuata. Hijo de Francisco Hernández y de Manuelita González, me recalcó que pronto cumpliría ochenta años. Cuando tenía once años por motivos económicos su madre decidió irse para Caracas en busca de una mejor vida. Así fue como esta señora emprendió junto con sus dos hijos, Nicolás y Aurora de nueve años, lo que yo llamo una travesía si se quiere

heroica, por muchas razones. Una de ellas es que tenían que recorrer a pie algo así, como ochenta y cinco kilómetros a través de los llamados "caminos de recuas", o los también llamados "atajos". Eran laberintos casi siempre inhóspitos donde había que atravesar a cada vez, ríos y quebradas. Le pregunté que por qué no hicieron el viaje en lomo de bestias, que para entonces éstas andaban silvestres, pero no obtuve respuestas. También le pregunto, cuánto tiempo para llegar a Caracas, y me dice que treinta y dos días. ¿Por qué tanto tiempo? Le interrogo. Porque pernoctábamos en casas de familia y en posadas, por cierto que en estas posadas pagábamos un bolívar por cada comida. ¿Qué "bastimento" (comida) que era como se le solía llamar para entonces, llevaban dentro de lo que se conocía como "macuto" o "capotera" de dos bocas? Llevábamos algunas arepas, queso de cincho, papelón y una tapara forrada con mecatillo que de vez en cuando la sumergíamos en las quebradas para que el agua se mantuviera fresca. ¿A qué sitio de Caracas llegaron? A un barrio conocido con el nombre de "Tiro al Blanco", La Pastora. Le pregunto: una vez instalados, a esa edad y sin ningún tipo de conocimientos, ¿a qué te dedicaste? Me contesta con esa expresión tan típica tan

campechana del hombre de campo: Amigo Sarmiento, aquí donde usted me ve, yo he pasado más trabajo que un "niguatero" en un empedrao. Confieso que en aquel momento no aguanté la risa por semejante expresión, y cada vez que lo recuerdo tiendo a reírme, aunque si a ver vamos, no debería ser motivo de risa, porque yo sufrí en carne propia los malestares y sinsabores que causaban las fulanas "niguas". Pero como yo siempre digo que todo en la vida tiene un por qué, el contagio de la risa debe ser porque cuando San Sebastián todavía era una aldea, este insecto si es que ese es su nombre científico, fue famoso por supuesto en la gente pobre, porque los pobres vivíamos en ranchos insalubres rodeados de animales, sobre todo el cochino que era o es el agente portador de dicho insecto. Por tal motivo acá perduró por mucho tiempo, lo que se conoció como la era o la época de los "niguateros", de hecho en el barrio Lourdes vivió una familia muy numerosa de apellido Flores que les pusieron el mote de los "niguateros". Toda esta familia estaba contagiada, a tal extremo que se les hacía muy doloroso ponerse las alpargatas, ya que los pies y sobre todo los talones de estos seres estaban llenos de pequeños tumores que eran donde las citadas pulgas se reproducían. Lo cierto

es que con lo que respecta a las causales de la risa, es también porque los eternos mamadores de gallo no desperdiciaron el tiempo para hacer de esta enfermedad una burla si se quiere maquiavélica hacia las personas contagiadas. Motivado a ello y esto lo digo con propiedad de causa, estas burlas o “mamaderas de gallo” trajeron como consecuencia que cuando le gritaban de manera peyorativa a alguno de estos enfermos, por ejemplo:

Juan Ramón vas muy pulido
echándotela de brejetero
pero se nota al caminar
que eres otro niguatero.

Inmediatamente el aludido sintiéndose ofendido y abochornado se entraba a puñetazos con el que supuestamente lo había ofendido. La realidad del caso es que esto de llamar a una persona “niguatero” y más si era de forma burlona, la reacción de rabia era tal que hay una anécdota que yo presencié cuando tenía como nueve años, que es la siguiente: Existieron en el Barrio Lourdes dos damas que por ser enemigas, siempre sostenían discusiones bastante agrias, pero nunca llegaron a pelear, hasta que un día en que estábamos los “zagaletos” del barrio jugando pelota, venía del río

Caramacate una de ellas con una lata llena de agua sobre la cabeza. La otra dama que estaba presenciando el juego y que de paso se la daba de camorrera, cuando ve pasar a su enemiga le grita: ¿esa niguatera! La otra dama al oír aquello, como fulminada por un rayo, dio media vuelta y en cosa de segundo tiró la lata contra el suelo y arrancando un terrón del suelo se lo pegó por uno de los pómulos y fue tal la contundencia de aquel terronazo, que del tiro la dejó noqueada. Bien, yo diría que la principal característica con que se destacaba este insecto era porque una vez que se alojaba en la piel, producía una comezón por demás desesperante que sólo los que la padecemos, sabemos los desagradables momentos que ello generaba. De allí proviene el viejo refrán que dice: "Come más que una nigua". En aquella época las camas eran de "catre", no sabría decir de donde viene la frase o la palabra "catre", lo cierto es que era una lona gruesa que la traían del extranjero y era la base principal con que se fabricaban las llamadas "camas catre". Estas no sólo sirvieron para el descanso, sino que fueron de mucha utilidad para rascarnos los que estábamos contagiados con el referido mal. De allí que se daban los casos que donde había una familia numerosa de niguateros, por las noches aquellos parecía

un concierto, porque los que se rascaban sobre aquella rústica lona, producían un sonido como si estuvieran rayando en algún objeto. Corroborando lo que estoy escribiendo, me contó mi amiga María Rivas, que tanto ella como toda su familia, también eran portadoras de la mencionada enfermedad, que efectivamente cuando aquel concierto estaba en pleno apogeo, decía una hija de ella que según es una rolo de jodedora: ¡Carajo, mañana “comemos casabe, porque ya están rallando la yuca”. Por supuesto, esto causaba risas en algunos de los presentes. Ello me da pie para afirmar lo que dije al principio sobre el efecto de la risa a pesar de los momentos difíciles que se vivían para entonces. Acá se pone de manifiesto una vez más que el venezolano, aún en los acontecimientos adversos pone en evidencia, es decir saca a relucir el humor que generalmente lleva a flor de labios. Es por ello que yo repito, no aguanto las ganas de reírme cuando a lo del empedrao se refiere, porque se imaginará el lector el drama que ha de tocarle a una persona que tenga que caminar por un empedrao y que padezca de una enfermedad tan dolorosa. Es posible que a algún joven se le ocurra decir, que por qué necesariamente se tenía que caminar por este tipo de vía? La respuesta es simplemente porque en esa

época las calles de los pueblos precisamente, eran construidas con adoquines y empedrao. Sobre estas vivencias hay más para escribir, pero como dicen en mi pueblo, esto es materia de otro tumor y por lo tanto, voy a continuar con el tema del amigo Nicolás. Me contaba este amigo que el trabajo que consiguió fue el de "banquear terrenos" para construir viviendas. Estos "banqueos" que constaban de dieciséis metros cuadrados, los cobraba a catorce bolívares cada banqueo. Así estuvo en este trabajo por seis años, fecha en que regresaron nuevamente a Múcura, ello motivado a un susto. A los diecisiete años consiguió trabajo como arreador de ganado, con un salario diario de dos cincuenta bolívares (Bs. 2,50). El trabajo consistía en llevar desde las Mercedes del Llano hasta la ciudad de Caracas, lo que se conoce como una "punta de ganado" que constaba de veinticinco reses. Delante del rebaño iba una persona montado sobre un caballo que se le llama "puntero", y en la parte de atrás van otros dos que se conocen como "los arreadores". Cuarenta y tres días con sus respectivas noches empleaban en la travesía, pernotando para el descanso en las posadas que había en algunos parajes del camino. También me decía que de vez en cuando llevaba a Caracas lo que él

llama un "viaje de pavos", que al igual que el rebaño de ganado consistía en veinticinco animales y ganaba por este trabajo dos bolívares con un real, es decir, dos cincuenta (2,50). Ya podrá imaginarse el lector las molestias, los trabajos que tenía que pasar una persona para desde las Mercedes del Llano llevar hasta Caracas, por unos caminos tan inhóspitos, amén de tener que atravesar ríos y quebradas, a estos, repito, rebaños de animales. Cambiando un poco el tema le pregunto: Nicolás he venido observando que eres un amante del joropo Aragüeño y Mirandino. Tú lo has dicho amigo, lo bailo desde que estaba muchacho, y es más cuando yo llegaba a un baile y éste había terminado, sobre todo si estaba enamorado, pagaba cinco bolívares para que éste continuara. Me dijo que había procreado quince hijos varones y hembras, y aproveché para decirle que supuestamente con esa cantidad de hijos debe haber tenido varias mujeres. Si, amigo Sarmiento, yo también he sido un poco enamorado. A la vez le pregunto si le tocó llorar por el amor de alguna dama. Rápidamente baja la cabeza, y como si pretendiera ocultar algo me contesta: no, vale, en ningún momento. Pero Rita su actual compañera que desde hacía rato estaba oyendo la entrevista, rompió el momento de silencio dejando

escapar tremendas carcajadas a la vez que me decía: Sarmiento, por favor, ahí si es verdad que te está mintiendo y continuaba con sus carcajadas, posiblemente sabedora de algunos secretos. A los pocos días me lo encuentro de nuevo, venía de trabajar, con un machete y un garabato en las manos. Seguimos conversando y como quien no quiere la cosa, le vuelvo a "jurungar" aquello de si había alguna vez llorado por una mujer, y pidiéndome que le guardara el secreto me confesó que si era verdad, que el estuvo con una dama que quiso mucho, pero que lamentablemente tuvieron que separarse, y que el día de la entrevista que sostuvimos me lo negó porque le daba pena que su compañera Rita se enterara. Yo, como para que no se sintiera apenado le digo, no te preocupes porque no serás tú ni el último ni el primero que llore por el amor de una dama, de paso te confieso que yo también estoy anotado en esa lista. Nicolás hace más de cincuenta años que yo sepa, la mayoría de los hombres que tenían un hogar constituído con una mujer dormían en camas separadas. Nunca averigüé a que se debía esta práctica, pero una vez se lo oí decir a mi padre. Por razones obvias no debo escribir lo que para entonces dijo por tratarse de algo grosero. Dime ¿Tú también te sumaste

a esta práctica? Si, efectivamente. Me puedes explicar el motivo. Te voy a contestar simplemente, amigo: El hombre trabajador que lo agarran las cinco de la mañana "enrollado" con la mujer en la cama, se hecha a perder de manera tal que pierde las condiciones de persona bregadora, sobre todo en las faenas duras. Por decirlo en una palabra, el hombre se flojea, porque usted como hombre de pueblo debe saber que la culebra "Traga Venao", primero que nada "bajea" a la presa, luego la estira y después se la traga. Lo que quiero decirle, vale, es que a esa hora la mujer está como la culebra, "bajeando", y si usted se deja "bajear", usted no sirve más para trabajar. A todas estas, confieso, que a mi me daban ganas de decirle según el criterio hasta filosófico, digo yo, que él esgrime con tanta vehemencia, que si la exposición que hace es cierta, entonces será por ello que existimos tantos flojos, incluyéndome a mi, que sin lugar a dudas, soy otro miembro más de la generación de los "bajeados". Continuamos con la conversación y seguidamente me dice: Además vale, lo que pasa es que las gentes cogen muy malas mañas que muchas veces traen serias consecuencias. Permítame contarle el siguiente caso: Me contó un amigo que él por muchos

años durmió "amorochado" con su mujer, pero ella falleció, y de ahí en adelante la vida de este hombre se convirtió en un calvario por lo que le estoy contando de las fulanas mañas. Me decía este amigo que entre las amarguras que le tocó sufrir fue la de pasar un largo tiempo sin poder conciliar el sueño, aunado a ello, por supuesto la soledad, y según el lo más triste sobre todo cuando hacía frío, era que tenía que dormir con las rodillas pegadas de la quijada. Después de reírse me dice: se da cuenta por qué yo no duermo "enrollado" con ninguna mujer. Luego de finalizar el tema, aunque él me dijo que todavía había mucha tela que cortar, observando a este personaje de color rozagante, disfrutando de buena salud, que a sus casi ochenta años le atiende a dos conucos, que baila joropo, y que en materia sexual dice que no está como un toro pero que se siente feliz porque semanalmente "echa dos". Yo tal vez por modestia no le quise preguntar que quiso decir con eso de "echar dos". Bien, analizando un poco todo lo que Nicolás me ha contado, le pregunto por curiosidad qué tipo de comidas consumía, o qué alimento en especial ingería para conservarse en tan buena forma. Me contesta que cada vez que puede se come una totuma de hervido de corroncho con bastante "ñame

matizado". Una succulenta sopa de rabo, si es posible de toro negro, cuando tengo maíz tierno no me falta un plato de mazamorra de jojoto y de vez en cuando un pocillo de fororo. Ahora bien, yo le voy a recomendar un tremendo alimento que usted debe haberlo probado, porque usted no es muy "Mozo" que se diga y además es sansebastianero. Se trata de lo siguiente: cuando usted se sienta como dicen acá en San Sebastián, "agüevoniao", el espíritu decaído, y sobre todo cuando el gallo no está dando bien con la espuela, consígase dos o tres kilos de maíz "Cariaco", vaya donde ordeñen ganao y compre dos litros de esa leche porque esa es la que alimenta, que le pongan azúcar al gusto y unas rajitas de canela. Dígale a su mamá o a su mujer que le cocinen ese alimento que se llama "pitraque" y cuando esté listo, si tiene totuma métase unas totumas de ese "pitraque" para que vea el cambio que va a experimentar y después me cuenta. En vista de que Nicolás le ha puesto mucho énfasis a la conversación, cuando se refiere al mencionado "pitraque", plato este que yo creo es típico de mi pueblo, quiero aprovechar la ocasión para escribir un cuento referente al mismo, y que lo dejaré a la libre opinión del lector para que le ponga el matiz, lo juzgue

o lo interprete de acuerdo con el cristal con que este lo vea. Resulta que mi difunta madre, cuando había alguna reunión familiar, no faltaba alguien, sobre todo mujer que la incitara para que echara el cuento del "Pitraque". Por supuesto que mi madre no aguantaba dos pedidos para narrar este cuento, porque ella se reía a carcajadas. Yo me imagino que debe haber sido por la picardía que encierra el mismo. El mencionado cuento es el siguiente: se juntan dos señoras de cierta edad que eran comadres, y en medio de una amena charla donde hablaron de todo un poco, una de ellas con mucha sutileza tocó un tema tan significativo en nuestras vidas, pero que lamentablemente todavía sigue siendo un tabú. Lo cierto es que una de ellas dice, a manera de interrogante: comadre, quiero contarte un problema por el que estoy pasando. Usted sabe que a pesar de mis años soy una mujer muy activa, que me siento con mucha "birria", pero me hace falta una de las cosas principales del hogar que es el "furrunqueo" ¿usted me entiende? La otra señora le contesta, en medio de una risa picaresca: Comadre, pero para eso usted tiene su viejo. Claro que si comadre, precisamente ese es el problema que quiero contarle. Resulta que yo amo mucho a mi viejito, pero últimamente está de capa

caída o como dicen los jodedores como caballo bebiendo agua. Y que conste que no es por falta de caricias, he llegado al extremo de tener que "cacheteárselo", le he puesto la pechuga en la boca, pero que va, lo que hace es "babosearla" y luego se queda dormido. Interviene de nuevo la comadre esta vez con una risa maliciosa y le dice: ¡Comadre estás botando la bola!, ese señor lo que está es falto de nutrientes. Prepárate una totuma de pitraque, cuando esté tibio y falte más o menos media hora para irse a la cama haz que se beba todo ese alimento y verás que vas a gozar una y parte de la otra. Efectivamente la señora hizo todo lo indicado al pie de la letra, a tal punto que el encuentro tal parece, fue muy emotivo y de mucho movimiento. Total que una vez terminada la faena, la señora siente debajo de ella una cosa caliente y pegajosa, y le dice al viejito: ¡hay mi amor que alegría! ¿acabaste? Y el viejito rabioso le contesta, que voy a acabar un carajo, me cagué. Yo voy a explicar un poco por razones de experiencias vividas del por qué? creo yo, termina el cuento de esa manera, que de paso a mi me contaron hace cuarenta años, esto le sucedió a una pareja que eran muy conocidas en el Barrio Lourdes. Este cereal que se dice ser un excelente nutrimento llamado "pitraque" tuvo un gran auge en lo

que se refiere a la alimentación de mi generación, pero tiene una característica si es que cabe el término, que si se come muy caliente, inmediatamente hace un efecto en el estómago a tal punto que hay que salir corriendo para la poceta, es por ello que fue mucho el zagaletón que yo ví con los jarretes chorreados corriendo hacia la letrina o para el monte, recuérdese que los pendejos no conocíamos la poceta. En ese momento era común oír gritar a alguno de los presentes: ¡Miren como va ese muchacho, como vaca corría de perro! Ah, eso fue el pitraque, que le aflojó el estómago". Lo cierto y para finalizar con el cuento, es que a todas estas yo llegué a la conclusión de que esta señora emocionada por el consejo que le había dado su comadre y tal vez el producto de esa emoción, hizo que le diera a comer al marido el contenido de la totuma del fulano pitraque, sin darle tiempo a que este se enfriara. Es decir, que vistas las conclusiones no tendría nada de raro que motivado a la acción del atol caliente combinado con el ajetreo que tuvieron marido y mujer esa noche, lo que ha podido ser un momento placentero terminó en un acto por demás desagradable y una doñita desilusionada, tal vez víctima de un apresuramiento del cual yo particularmente sería incapaz de culparla.

DULCES Y DULCERAS

Habla sobre la dura faena que implicaba el arte de fabricar el conocido papelón y de muchos testimonios históricos que también me tocó presenciar estando yo muy joven. Pero lo que más me llamó la atención de la mencionada narrativa, y con ello no lo estoy cuestionando, es cuando él dice lo del trabajo permanente que generaban estas empresas. Una gran verdad, pero sobre todo cuando afirma que dichas empresas le generaban “beneficios” a la gran masa campesina. Yo en realidad no sé a qué beneficios se refiere él como quiera que sea y como dicen en el llano, he llegado al llegadero, es decir, a la otra cara de la moneda. ¿Por qué escribo sobre la otra cara de la moneda? Porque entre otras cosas, lo poco que se ha escrito, no se si estoy equivocado, sobre el tema de las haciendas de Antaño, me refiero a las de San Sebastián, lo que han tocado es la parte de las carretas del Torreon, de los hombres que con sus pechos desnudos, chorreándoles el sudor que generaba el calor en la llamada “Sala de Pailas” y que con sus experiencias de los años en estos menesteres, adquirieron la sabiduría de cuando la olorosa melaza estaba en su “punto”, para

inmediatamente vaciarla en los moldes de madera y así darle el "temple" necesario para de esta forma elabora el conocido papelón. Es decir, lo poco que he leído sobre el tema casi siempre trata sobre lo épico, muchas veces matizado con rasgos de poesía. Pero no he leído de alguien que haya tocado la parte social que les tocó "vivir" durante años a estos trabajadores.....

Bien voy a pasar a otro plano que seguramente el que lo lea dirá que es una mezcolanza, pero yo creo a mi criterio que tiene que ver en algo con lo antes expuesto, me refiero a aquellos hombres y mujeres que trabajaron toda una vida, si se quiere como esclavos, donde jamás recibieron un estímulo, un pequeño aporte económico o ayuda social de parte de los patronos o de los gobiernos de turno, que por lo menos les sirviera en algo para paliar un poco la pobreza, y que estos seres sintieran en sus vidas un ápice de alegría. Seguidamente el lector se va a dar cuenta de porque hago esta corta exposición. Y es que leyendo una pequeña crónica escrita por mi amigo, Simón Eugenio Muñoz, y que se titula "Los Trapiches de mi pueblo" donde él comienza dicha crónica con el siguiente encabezamiento, que data de

los principios de los años cuarenta, y que dice lo siguiente: como decía el viejo proverbio: El tiempo desdibuja escenarios y figuras que quedan plasmadas en la historia, la figura del trapiche jugó un papel muy importante en la economía de esa época, más que una empresa generaba fuentes de trabajo que ¿beneficiaban? a la gran masa campesina, el signo de interrogación se lo imprimo yo, y más adelante se darán cuenta del por qué de la interrogante. Simón expresa en esta pequeña narrativa, con cierta melancolía y añoranza, y ello tiene un por qué, y es que Simón formó parte sobre todo en la hacienda El Guárico en su juventud. Él habla del trajinar cotidiano de los trabajadores (peones), de esas haciendas productoras de la caña de azúcar, es decir él se pasea por el lado del paisaje y como ya dije de la añoranza etc. Pero en la otra parte de ese mundo, resulta que ocurrieron sucesos sumamente injustos, y porque no llamarlos dramáticos. Se trata del comportamiento por demás inhumano del que por muchos años fueron objeto los trabajadores (peones), por los dueños de estas haciendas. En alguna parte he leído párrafos que dicen que detrás de cada riqueza hay una injusticia, hay un crimen etc. Que el capitalismo es perverso, que compra conciencias, y pare

usted de contar. De ello puedo dar fe, ya que me tocó hacer una pasantía en un sindicato y pude palpar parte de lo antes dicho. Y que momento más oportuno para enfatizar de manera objetiva y veraz de cómo los dueños de esas empresas emulaban la época de la esclavitud, al no tener ni un ápice de sensibilidad humana, para con las manos, sus fuerzas, el trasnocho y el sudor de estos trabajadores que gracias a ellos cada día los hacían más ricos. Pues bien, para no darle más largas al asunto, paso rápidamente a plasmar de cómo fueron los momentos paupérrimos y trágicos por los cuales pasaron varios de los seres que allí laboraban, voy a comenzar diría yo por el lado menos trágico. Se trata de Ramón Roseliano Ortega González, el cual para este momento ostenta la edad de 89 años y a pesar de ello, todavía conserva su mente bastante lúcida. Nació un 25 de junio de 1.918 en la hacienda El Recreo, para entonces propiedad de Amedoro del Nogal. Comenzó a trabajar en dicha hacienda a la edad de 14 años, como peón o jornalero, que era más o menos lo mismo, ganando 2 bolívares diarios y trabajando muchas veces 10 horas. Trabajó ininterrumpidamente durante 30 años hasta el año 1984, fecha en que el dueño, para ese momento, Francisco Ayala Pierce, decidió retirarlo. Es

decir, como dice el argot popular: lo dejó "como caballo sin baño" y es que este elemento insensible, yo diría que esclavista, por no decir una grosería, no le importó en ningún momento, echar a la calle a un trabajador que le sirvió con lealtad durante años, aún sabiendo que a tan avanzada edad nadie le iba a dar trabajo. En dos palabras, a este hacendado no le importó para nada el precario estado en que iban a quedar este hombre y su familia, y con más razón en un pueblo donde las fuentes de empleo eran muy escasas. Digo esto porque este muérgano en ningún momento quiso pagarle las prestaciones que por derecho le correspondían. Es así que gracias a dos dirigentes sindicales, por cierto amigos míos, se inició una demanda laboral en la Inspectoría de Trabajo de Villa de Cura, donde el representante de la empresa se comprometió ante la autoridad de esta inspectoría, a pagarle al trabajador, Roseliano González, por concepto de prestaciones, la cantidad de Bs. 16.065,00, derechos adquiridos, por servicios prestados durante 30 años. Este pago se hará por partes iguales en un lapso de seis meses. Igualmente se compromete ante este Despacho a cancelarle al trabajador reclamante la cantidad de Bs. 200,00 por concepto de jubilación de por vida, por

estímulos a sus servicios dentro de la empresa. Aprovecho el momento para enfatizar que esta "joya" de empresario, jamás le reconoció a Roseliano las vacaciones que por Ley le correspondían, y con respecto al pago de dicha jubilación, tampoco recibió ni un centavo, y por qué la "joya" repito, a la que me he referido, vendió la hacienda y se marchó para Europa. Por cierto, y yo no sé si llamarlo casualidad, por lo siguiente: Porque pareciera que lo nefasto, lo perverso y la falta de humanismo, viniera de los genes de esta familia. Digo esto con toda propiedad, porque al hijo de este hacendado llamado Frank Ayala, muy conocido acá en San Sebastián, este escritor le hizo un trabajo en la ciudad de Caracas, e igualmente se marchó y perdí mi dinero, pues nunca me pagó. Continúo con el caso de Roseliano porque la historia de este Sansebastianero no termina aquí. Resulta que este señor a pesar de que era ficha del partido Acción Democrática, en vista de que le había crecido la familia, le solicité a los dirigentes de este partido, que por favor le concedieran una vivienda, a lo que le contestaron que él no tenía derecho a vivienda porque habían otras prioridades. Una de sus hijas, a la que los allegados la llamamos la negrita, estudió educación, y cuando solicitó trabajo, aún

habiendo el cargo, como no estaba afiliada a los partidos políticos de turno, le dijeron que no le daban el cargo porque no se había graduado. Esto es totalmente falso y yo puedo dar fe de ello. Recuérdese que para la época se repartían el poder los adecos y copeyanos. Gracias a que los máximos representantes de estos partidos, habían firmado lo que se conoció para entonces, como el Pacto de Punto Fijo, o gobiernos de la guanábana. Ello motivado a los colores verde y blanco que identificaban a estos partidos. Sin embargo, hubo personas por supuesto interesadas, que se dedicaron a difundir división, pero más que división a crear odio en la gente pobre, sobre todo aquella que no sabía leer ni escribir. Ese odio llegó a tales extremos que hubo compadres y familias que se murieron sin que se reconciliaran por el solo hecho de ser adeco o copeyano. Continuando con el caso de la "negrita" cuando yo digo lo de la falsedad de los que ostentaban el poder, es porque en estos gobiernos se arraigó el amiguismo, el compadrazgo y por supuesto el partidismo. Hay historia para rato que contar, pero en esta oportunidad me voy a referir a una sola. Aquí en San Sebastián vivió una persona a la que no voy a nombrar porque ya murió. Esta persona muy conocida en la población, con apenas

6to grado de instrucción, llegó a tener mucho poder con respecto al área de la educación, sobre todo en el Sur del Estado Aragua. Tan es así, que acá se le llamaba Director de Educación, o Ministro de Educación. He aquí cuando un "jodedor" de manera peyorativa le decía Director o Ministro, él se esponjaba como un pavo cuando procura a la pava, yo paso a creer que ese gesto lo hacía, producto de su ignorancia. Lo cierto es que este elemento quitaba o ponía en un cargo al que a él le daba la gana. Por eso es que cuando escribo sobre lo falso de estos políticos es porque los educadores rurales ni siquiera eran bachilleres. Bastaba que fueran fichas de estos partidos para otorgarles el cargo sin hacerles un mínimo examen. Además, no quiero dejar pasar por alto que para la época se puso muy de moda el famoso "carnet" del partido al cual la persona pertenecía, y éste era como un salvoconducto que servía para conseguir ciertas prebendas, tales como optar puestos de trabajo, evadir cargos, (penas) policiales, corrupción, etc. Pero sigamos con el caso de Roseliano. Le pregunté a las hijas por el salario, ya que ahora tenía una mayor responsabilidad, y me contestaron que no hubo ninguna mejoría, que se seguía ganando 200,00 Bs. mensuales. Y respecto al horario de trabajo, me dijeron que él

salía de la casa a las seis de la mañana y regresaba a las seis de la tarde, es decir diez horas de trabajo sin pago de transporte. Aclaro que lo de la responsabilidad se debió a que le dieron el cargo de caporal. A todas estas podrá darse una idea el lector de cómo sería el trato de este empresario con lo que respecta a los peones, si observamos como trató de manera tan vil al hombre en que él había depositado toda la confianza para el manejo y el buen funcionamiento de esta hacienda. Bien, quiero recordar que la mayoría de estos trabajadores tenían unas hectáreas de tierra llamados "conucos" donde sembraban algunos rubros, tales como caraotas, maíz, yuca, etc. y era mayormente donde esta gente obtenía el sustento para la familia, ya que con lo poco que ganaban les era difícil subsistir. Como todos ellos eran pobres, no podían darse el lujo de pagar el mantenimiento de dichos conucos, y optaron por poner en práctica la llamada "cayapa", es decir, se unían todos en lo que se conoce como comuna, y el día domingo que era cuando les tocaba descansar, aprovechaban la unión para a cada quien hacerle el mantenimiento de su sembradío. Para finalizar respecto al caso de Roseliano, quiero acotar que este señor con una edad ya avanzada, había quedado sin trabajo y para colmo de males los

señores del gobierno le quitaron su conuco. Ahora, yo no sé si llamarlo casualidad o darle otro nombre. Pero resulta que al amigo Mario, estando afiliado al partido Acción Democrática, le quitaron la tierra donde sacaba el sustento para él y su familia. Luego Juan Seijas que también pertenecía a este partido, un día el máximo jerarca, el que lo podía todo en este partido, se enamoró de su tierra y se la apropió. Allí hizo una casa, sembró varios árboles de mango y cuando estos estaban dando frutos la cambió por dinero. Su hijo Carmelo me dijo que su papá pagaba cuatro bolívares mensuales de arrendamiento. Mi padre Antonio Sarmiento fundador del mencionado partido y quien estuvo dos veces preso a la orden de los esbirros de la policía del régimen de Marcos Pérez Jiménez, sus compañeros de esta tolda política también le quitaron su tierra, a la larga le pagaron seis mil bolívares y por cuota. Por supuesto, estas gentes dolidas en su integridad no quisieron saber más de este tipo de políticas, si es que así se les puede llamar. Para ahondar más en el asunto en cuestión, una vez yo pregunté el por qué se le había quitado la tierra a mi papá ya que la misma estaba produciendo comida. La respuesta fue que él no pagaba arrendamiento. Esto por supuesto fue otra falsedad de estos elementos,

porque ellos fueron gobierno por muchos años acá en San Sebastián, y como no tenían oposición no había quien los controlara, y por ello se despachaban y se daban el vuelto. Por lo tanto, quiero decir con ello, entre otras cosas, que algunos comerciantes que eran adictos al gobierno, no pagaban impuesto, de ello puedo dar fe. De igual forma presencié que cuando hacían este tipo de exoneraciones le daban un recibo al interesado que nunca pasaba por el Departamento de recaudación de rentas. Había dicho que comenzaba a escribir sobre el tema de los trabajadores de las haciendas productoras de caña, tocando la parte menos dramática en comparación con los sucesos bochornosos, infrahumanos, que leerán a continuación. Tenemos el caso del trabajador Justo Álvarez, por cierto padre del amigo profesor y escritor Luis Álvarez. Justo trabajó en la hacienda El Guárico, léase bien, la cantidad de 58 años. Nada más y nada menos que en la llamada Sala de Pailas donde se cocinaba el guarapo o jugo de la caña y para ello se requería de altas temperaturas. Es decir, que en este sitio el calor era intenso. Cuando yo digo nada más y nada menos, es porque el trabajo en ese lugar era muy duro y de paso era o mejor dicho es un arte. Entonces, una vez lo invadió a Justo una fiebre

muy alta, y fue de tal magnitud la misma, que no pudo trabajar en toda la semana. El día lunes de la siguiente semana se presentó al trabajo e inmediatamente le dijeron que estaba despedido, ya que no podía trabajar enfermo. Fue así como este padre de familia perdió 58 años de trabajo sin percibir ningún tipo de prestaciones. Ahora bien cuando yo estaba zagaletón y una persona sufría de fiebre intensa, no faltaba alguien que dijera, ese lo que tiene es un gran "Tabardillo", ignorante al fin, acudí al diccionario y me encontré con lo siguiente: Tabardillo, enfermedad ocasionada por quemaduras del sol, o por sofocamiento debido al intenso calor. En mi escaso conocimiento, yo me pregunto: ¿Acaso no sería ocasionada la fiebre que le dio a Justo por el sofocante calor que generaba la llamada Sala de Pailas? Paso a escribir los siguientes sucesos. Trabajador Pedro Prisco Sánchez, quedó mutilado. Anicacio Flores, perdió tres dedos de una de las manos; se los cortó el mecate de la yunta de los bueyes, trabajó por años y murió como muchos, arruinado. Los sirios, eran cuatro vástagos de cambur en cuya parte superior se apoyaban cuatro "velitas" de a centavo, y que a pesar de la poca claridad, ellas con su tenue luz alumbraban su cadáver. Continúo con otro acontecimiento y esta vez se trata del

trabajador Mónico Herrera, Mónico se encontraba en la Hacienda El Recreo a las doce de la noche, metiendo las cañas en unos rodillos que eran los que trituraban dichas cañas, con el fin de sacarles el jugo. Lastimosamente, estos rodillos lograron agarrarle uno de sus brazos y se lo mutilaron. A esa hora lo montaron sobre un burro que era el transporte que se conocía, lo trajeron al dispensario, (único Centro de Salud). Allí lo atendieron el Dr. Pineda y los ayudantes, Manuel Romero, la Sra. Trina Ortega y el Bachiller Seijas. Como el brazo lo quedó colgando a la altura del codo y no había instrumentos de ningún tipo para terminar de cortarlo, no les quedó más remedio que acudir a la carpintería de Victoriano Ortega en solicitud de un serrucho, una vez logrado el propósito, amputaron el antebrazo, todo ello por supuesto sin anestesia. Este accidente le ocurrió en el antebrazo izquierdo, y a mi se me olvidó preguntarle a Mónico si después de este percance lo habían retirado del trabajo, ya que él es de los pocos que quedan vivos. Actualmente, vive en Villa de Cura, en casa de una hija. Para terminar con lo referente a las personas que acá he nombrado, voy a citar el último de estos sucesos de que se tenga conocimiento. Se trata de la muerte de Bernabé Salazar.

Pero voy a ser explícito de cómo murió este trabajador. Se trata de que en las haciendas habían unos aparatos, si es que vale el término, llamados "Rueda hidráulica". Estas ruedas hechas de madera y que medían o miden, más o menos dos o más metros de circunferencia, se movían por la fuerza del agua que venía de un manantial de una acequia y al caer sobre esta la hacían girar. Adosado a ella había un engranaje que se encargaba de poner en movimiento los rodillos, que como dije antes, trituraban la caña. Por cierto que en la hacienda El Altar, propiedad de los hermanos, Visconti, todavía se conserva una de estas ruedas. La misma fue construida en el año de 1939 por el polifacético maestro de obra, Andrés Rodríguez Ramírez, el trabajo de dicha rueda en esta hacienda, igualmente era hacer girar los rodillos en esta ocasión, para triturar las semillas del café. Bien, continuando con lo sucedido, debajo de estas ruedas, los pisos eran de madera y como les caía mucha agua siempre estaban muy resbaladizos. Lamentablemente, un mal día, Bernal se resbaló, cayó debajo de la rueda, y esta lo trituró, o mejor dicho lo aplastó. Bueno, lo insólito tampoco hubo indemnización, voy a permitirme ahondar un poco más sobre este tema.

SansenNET

www.sansenet.net

